

enumerarlas— 1o. La abrogación del Tratado Hay-Bunau Varilla. 2o. La entrega a Panamá del Canal en el año 2000, con todos sus activos, tales como edificios, equipos, los puertos de Balboa y Cristóbal, etc. 3o. La participación de Panamá en la administración del Canal a través de la Junta Directiva compuesta por 4 panameños y 5 norteamericanos, de la nueva entidad jurídica internacional que dirigiría la operación del Canal hasta su entrega a Panamá en el año 2000. 4o. El aumento de la anualidad del Canal hasta una cifra aproximada de 35 millones de dólares. 5o. La entrega inmediata a Panamá de importantes porciones de la Zona del Canal, incluyendo áreas de ambos lados del Istmo, inclusive France Field. 6o. La terminación del ejercicio por parte del Gobierno americano de ciertos derechos jurisdiccionales en la Zona del Canal, en un plazo de cinco años, en áreas tales como policía, bomberos, correos, administración de justicia, salud, educación, etc. Y 7o. La recuperación inmediata por Panamá de su soberanía fiscal en la Zona del Canal—.

Le he soltado la historia completa, de pe—a—pa, como quien dice, y el otro sólo me mira y se adelanta y se retrocede en la silla y le veo la cara disuelta en humo, se bebe el café, hace una mueca, escribe una porción de cosas en la libretita, eres un cínico, icono! , me decía Cero y me mantenía apuntado con la metralleta, te has pasado la vida de vira—y—cambia y que siga la pachanga, ¿ah? , que siga la pachanga, rabiblanco de mierda, y por qué no, qué fastidioso aquel provinciano determinismo de los guerrilleros, había que hacerlo por la patria, ¿y lo demás? , bueno, qué carajo, es cuestión de acostumbrarse, ya me lo dijo mi padre varias veces, si el Coronel te llama, anda, hijo, deja los prejuicios y anda, si no los comunistas nos devoran, y en abril del 71

me llamaron y acepté y se iniciaron las conversaciones, las idas y venidas de Panamá a Washington de Washington a Panamá y Queta y yo recién casados y ella histérica porque la dejaba sola tanto tiempo y Estados Unidos que tomaba una postura menos conciliadora que la del 67, y el tiempo que pasaba, un año, y nada, sólo viajes, y miro a Stuart, él debe conocer la historia, sí, aquel "faux-pas", ¡claro que la debe conocer! , cuando expusimos en nombre del Gobierno la naturaleza específica de nuestras demandas así como las contrapuestas y esto desató la ira de Washington, y las negociaciones se paralizaron y la tensión entre los dos países creciendo, creciendo y culminando en marzo del 73 cuando celebramos aquí aquella reunión del Consejo de Seguridad y colocamos a Washington en el banquillo de los acusados y el Embajador Scali, pálido, de ojos vidriosos, emitiendo en nombre de su país un veto a la resolución sobre el asunto canalero que habíamos presentado ante el Consejo, y pocos meses después, la postura de Washington virándose, nombrando a Bunker como negociador jefe, alzo la vista, Stuart continúa anotando no sé qué en la libretita. —Para contestar específicamente a su pregunta— continúo --podemos decir que la actual ronda de negociaciones parte de la visita a Panamá del Sr. Kissinger, en febrero de 1974 y la proclamación del Acuerdo de los Ocho Puntos—. Enciendo otro cigarrillo y toso, el humo siempre me molesta, y vuelvo a mirar a Stuart y bajo inmediatamente la cabeza, si este hombre supiera, Mariana, si él supiera el triunfo personal que para mí significó la firma del Acuerdo ése; las horas, los días, los meses de trabajo elaborando un borrador que contuviera algo de lo mucho que perdimos con el rechazo del 67, y luego presentándoselo al Gobierno que había manifestado en

el 70 que ese pacto no podía servir ni siquiera de base para las nuevas negociaciones y el Gobierno aceptándolo y presentándolo, a su vez, a Washington y ellos accediendo, por primera vez en varios años, accediendo, y nosotros, tarde, descubriendo que todo había sido una patraña de Mr. Kissinger para evitar la discusión del problema canalero en la Reunión Interamericana que estaba próxima a celebrarse en Tlatelolco, pero ¡qué carajo! , el pueblo no tiene memoria, el pueblo no es susceptible a esas habilidades diplomáticas y el Acuerdo se firmó y nosotros pudimos ensalzar esta agenda de trabajo como una gran conquista que todo el mundo celebró.

—¿Qué opina usted, Mr. Garrido, de las perspectivas de aprobación que tendría un tratado en el Congreso Norteamericano? —me pregunta Stuart, sin mirarme, como hablando a la grabadora o a la alfombra y comprendo aquí y ahora que él conoce el cuento con todas sus ambigüedades, que es un tipo listo y que seguramente le irá bien y que hará carrera en el *Wall Street Journal* porque hace las preguntas que gustan al millón y medio de lectores allá en Dallas, Chicago, Los Angeles, Nueva York o Florida y yo trato de organizarme, Mariana, a ver, hay que ganarse la simpatía de esos hombres de negocios, debo decir lo que sea que los tranquilice en materia de inversiones, después de todo la inversión de los Estados Unidos acá asciende a casi trescientos millones y hay que crear la imagen de un centro comercial estable, toso, una, dos veces y esto me limpia la voz y comienzo a hablar y descubro que ya no titubeo:

—Ante todo, no creo que debemos pensar en términos de un veto anticipado a causa de la resolución firmada por un bloque de 37 senadores en la cual

manifestaban su oposición a cualquier renuncia por parte de los Estados Unidos de sus "derechos soberanos" en la Zona del Canal, menos aún por la enmienda que aprobó el Congreso negando los fondos para sufragar cualquier negociación que renunciase a los derechos de los Estados Unidos sobre el Canal.

—Mr. Garrido —me interrumpe Stuart —le agradecería que me explicara en qué funda su posición tan optimista.

—En que usted mejor que nadie, sabe que la nómina del Senado es débil y hay una gran diferencia entre respaldar una resolución y votar por un tratado de mayor importancia.

—¿Y cómo haría Panamá para crearse una imagen favorable ante el Senado? —veo que arruga y desarruga la frente en un segundo.

—La labor no es sólo de Panamá, es conjunta, Stuart —le contesto. —Además —añado— tengo entendido que el Departamento de Estado ha iniciado, ya, una campaña en Estados Unidos para explicar en una forma conceptual la razón de estas negociaciones, y que está teniendo éxito en esta misión. La misión presidida por Bunker considera que muchos de estos Senadores que han firmado esa Resolución han expuesto una oposición a una cosa que no existe, pero que una vez materializado el tratado cambiará la opinión de ellos. Y claro que la misión estadounidense tiene mejor conocimiento del ambiente de Washington que nosotros. El discurso de Mr. Kissinger en Pittsburg, hace poco, asegurando que Estados Unidos seguirá protegiendo sus intereses vitales en el Canal a través de la defensa de éste ha tenido gran repercusión en la prensa norteamericana y esto, claro, influirá en los Senadores, así como también, el cabildeo abierto en las universidades y en las plazas públicas

donde la juventud, como en el caso de Viet Nam, presione a la opinión pública norteamericana.

—¿Aparentemente, el Pentágono ha tomado participación activa en las negociaciones? — me pregunta, ahora, y comprendo que el círculo se va cerrando y que el tema desembocará irremediabilmente en el asunto de las bases. —¿Qué importancia o significado tiene esto?

—Importancia, mucha —le digo y continúo —La presencia aquí en Panamá durante la semana pasada del General Dolvin debe verse con agrado; esto indica que el Departamento de Defensa al incorporarse directamente en las negociaciones limará los escollos que han venido entorpeciendo el progreso de las negociaciones. La incorporación del General Dolvin al equipo negociador, junto con Bunker; resultará altamente provechosa y útil —repito la idea, pero no importa, es necesario recalcarla— él transmitirá a sus colegas del Pentágono una serie de verdades que campañas interesadas han tratado de ocultar o de presentar desfiguradas con el propósito de confundir y de impedir al mismo tiempo que el proceso negociador desemboque en el Tratado nuevo que resulte indispensable para ambas partes. —Bajo la vista y callo y los guerrilleros penetrando en la casa como fieras y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros, ibases no! ibases a ningún precio! , y las horas que pasaban y Monseñor no regresaba y aquel calor asfixiante del mediodía y las noticias de la radio comunicando que el Coronel había regresado en su avioneta desde Contadora donde se encontraba pasando el fin de semana cuando le comunicaron los sucesos y que en esos momentos el Arzobispo le debía estar presentando las condiciones de que dependían nuestras vidas y los guerrilleros permanentemente apuntándonos

con sus armas, siempre aquellas armas sin seguro, listas a disparar en cualquier momento, y Cero acercándoseme, la abrogación del Hay-Bunau Varilla, la terminación de la perpetuidad y del ejercicio por parte de los gringos de algunos de los derechos jurisdiccionales en la Zona, la recuperación de una soberanía que nunca hemos vendido ni cedido a nadie, no quiere decir mucho, rabiblanco de mierda, esa es pura farsa, es el caramelo con que endulzarán los oídos de los tontos y los ignorantes, la defensa es la cosa y me sacaba unas papeletas enseñándomelas, ahí nos dejan clavado el veneno de la represión militarista, y me volvía a enseñar las papeletas, expulsaremos a esos criminales y a Ustedes también, acabaremos con todos, y me las volvía a sacar, anda léelas, que empapelaremos tu casa y todo el país con estas frases, y yo leyendo:

LA DEFENSA CONJUNTA ES SOLO UN  
PRETEXTO PARA PROLONGAR LA  
PRESENCIA MILITAR YANKI EN PANAMA  
DEFENSA CONJUNTA — REPRESION CONJUN-  
TA

y la guerrillera pegando papeletas, empapelando la sala, el corredor, la salita de recibo donde te tenían a ti, Mariana, con Fernando Martínez y con mi compadre, digo, con Bill Arias y con el Ministro Ramírez y Rivera y tú leyendo seguramente las papeletas ésas y los otros leyéndolas también:

NO PUEDE SER BRAZO ARMADO DEL PUE-  
BLO

LO QUE FABRICAN LOS YANQUIS  
EN LA "ESCUELA DE LAS AMERICAS"  
CUNA DE CRIMINALES

LA RECUPERACION DE LA ZONA DEL CANAL  
SERA CONQUISTA DE LAS MASAS POPULA-  
RES  
POR LO TANTO DICHA "RECUPERACION"  
TIENE  
QUE SER DE CARACTER SOCIAL Y NO PARA  
POSTERIOR REPARTO ENTRE LA OLIGAR-  
QUIA Y  
LOS MILITARES

LA VERDADERA SOLIDARIDAD INTERNA-  
CIONAL QUE  
PUEDE RECIBIR EL PUEBLO PANAMEÑO EN  
SU  
LUCHA CONTRA EL IMPERIALISMO VENDRA  
DE  
LOS PUEBLOS Y NO DE LOS GOBIERNOS  
GORILAS REPRESENTATIVOS DE LAS OLI-  
GARQUIAS  
LOCALES LATINOAMERICANAS

y otra vez, ahí, la voz de Cero, los tres millones los utilizaremos para armas y nuestras guerrillas acabarán con los traidores y los enemigos de la patria y las horas pasando y yo tratando de mantener la serenidad, la calma, y las horas pasando y tu nombre, Mariana, subiendo a mis labios con frecuencia y Joaquín captando el significado de ese nombre y tu voz allá lejos, conversando con uno de los guerrilleros y el calor y la sed desesperante, y en la boca, una masa de saliva amarga.

—¿Cuál es la posición de Panamá en las negociaciones actualmente? —me tranquilizo, he capeado bien el asunto de las bases. Enciende otro cigarrillo, doy una chupada y otra más antes de contestar y después de ésta, le daré una excusa, miro el reloj, las tres menos cuarto, dentro de un par de horas, a la Presidencia. Me lo quedo mirando.

—Seremos firmes en lo que concierne a nuestros intereses soberanos —le digo—, pero, a la vez, recuerde una cosa, amigo, que el principal cliente del Canal son los Estados Unidos, y esto significa que si queremos hacer negocio, debemos estar en buenos términos con Ustedes. —Y dicho esto, levanto, voy hacia mi escritorio, busco el portafolio, me ciño el nudo de la corbata, me abrocho el saco, y sin más, me acerco a Stuart, le extendiendo la mano y me despido.

—Bueno, esto da por terminado nuestro diálogo, amigo—, le digo —espero que esté usted satisfecho—. Y el otro, sorprendido, y tal vez decepcionado, me alarga también la mano, apaga la grabadora y se la guarda en el bolsillo.

—Thank you, Sir, you've been most kind to receive me.

—My pleasure, boy, my pleasure —le digo y lo acompaño hasta la puerta y Marta presiente mi turbación y ve cuando me rasco la barbilla y dejo de sonreír y luego el ademán que le hago que no pierda de vista al periodista hasta que se haya ido y de pronto se hace un silencio y es que ha cesado el tableteo de las máquinas de escribir y yo camino otra vez hacia mi despacho, estiro la mano derecha y agarro la manija de la puerta, abro, entro, cierro la puerta detrás de mí, voy una vez más al escritorio, me siento en el sillón, sí, el giratorio, saco de la gaveta un par de documentos que

Marta ha clasificado con el rótulo de “Urgente” y subrayado en rojo, los firmo, un par de garabatos, y los zapatos mojados me molestan, y las ganas, coño, de darme un baño frío y quedarme un rato, así, sumergido en la bañera, un rato largo, sí, y aquellas declaraciones del Senador Thurmond que la Zona del Canal es territorio de los Estados Unidos, que ellos lo compraron como Alaska o Luisiana, y Bunker refutándolo ante el Consejo de Asuntos Mundiales, en Los Angeles, no, ese es un mito pernicioso, los diez millones que se pagaron en el 04, fueron a cambio de los derechos que Panamá nos concedió en el Tratado y de ahí que nuestra presencia en la Zona esté basada en derechos de un tratado, no de soberanía, ¿cómo fue que se me pasó decirle esto a Stuart?, bueno, se me pasó, ¡qué vaina! no voy a llorar sobre leche derramada; tampoco hablé sobre la importancia económica del Canal para los gringos, pero mejor así, porque eso hubiera desembocado irremediablemente en lo otro, digo, en el tema de lo militar y de ahí, seguro, al asunto de las bases y al secuestro, llamaré a Marta para que dé ordenes y me tengan, abajo, listo el carro, bajaré por las escaleras, cuatro pisos, ¡contra! , hace años que no hago tanto ejercicio.

—Marta, por favor, dígame a Cedeño que me tenga el carro con el motor encendido y lo más cerca posible de la puerta, que ya bajo.

—Sí, don Tito.

—Cerciórese, además, que no haya nadie en el corredor; que todo el mundo se haya ido.

—De acuerdo. A propósito, un informe noticioso de Radio Revolución ha recogido las declaraciones de Monseñor en Trípoli. Las están radiando.

— ¡Cómo!

—Las están transmitiendo ahora mismo.

—Pero si no se iba a hablar ya más del asunto.

—Ya ve, pues.

Cruzo el otro extremo del despacho donde tengo el equipo estereofónico, enciendo la radio mientras me meto un cigarrillo en la boca y oigo la voz chillona, la voz cortada de la locutora, bajo rápidamente el volumen, y una vez más las frases hechas, los clichés verbales, las arengas partidistas y por último Monseñor que habla, cansado, afónico casi, lo oigo: en el avión, tomé asiento cerca de una ventana con el fin de poder reclinar la cabeza y dormir un poco pues tengo más de dos noches, desde el sábado, que no duermo y tendríamos unos cinco minutos de vuelo cuando uno de los muchachos que había estado preso en la cárcel se sentó a mi lado y me dijo “va a perdonarme que no lo deje descansar, pero a todos nosotros nos gustaría conversar con usted un rato” y comenzamos a conversar y después de un espacio de tiempo, cedió el lugar a otro compañero y así se fueron turnando y las horas pasaban y por fin llegamos a Trípoli después de casi veinte horas de vuelo con sólo una escala de unos cuantos minutos en Dakar para que el avión tomara combustible; nadie ha dormido en este viaje, la excitación de todos es inmensa y al detenerse por fin el avión aquí, se subieron las autoridades libias y dieron orden de que bajáramos y bajaron primero los del Comando Urracá del Frente de Liberación Nacional y después los diplomáticos y ahora mismo los señores miembros del Cuerpo Diplomático y yo estamos en un salón especial del aeropuerto de Trípoli donde somos objeto de innumerables atenciones y se nos obsequia comida y refrescos, mientras aguardamos la salida del vuelo de regreso a Panamá que se ha anunciado para dentro de una hora, más o menos... La

voz de Monseñor se ha silenciado y la otra, la de la locutora, estridente, exaltada que habla y otra vez las marchas con acompañamiento de triángulos, xilófonos y campanas y me llevo, torpemente, la mano a la boca, tomo mal el cigarrillo que encendí hace un instante, ¡coño! me he quemado el pulgar y el índice y me los meto entre los labios y los empapo en saliva y apago la radio, ya basta, Dios mío, basta, carajo, y dando un portazo salgo del despacho.

Garrido baja lentamente por los peldaños de concreto de la escalera interna del edificio que se utiliza sólo para urgencias —incendios, apagones, uno que otro temblor muy de vez en cuando— y su cuerpo, un cuerpo agobiado, deja caer las ciento setenta y cinco libras de su peso en cada paso. Agobiado, repite, y sabe que las arrugas de la frente y las que le han aparecido recientemente junto a las comisuras de los labios se le han endurecido un poco más en estos días y que no serán, ya, inocultables y que le quitarán algo de su aspecto juvenil y atlético. Todo él se ha depreciado considerablemente con esto del secuestro, sí, tal como si hubiera corrido el Mercedes a 150 km, de un sólo tirón a Costa Rica, pasando, claro, por el Cerro de la Muerte y la Interamericana, tan llena de huecos y derrumbes. Mueve suavemente los labios, veinte, ochenta, noventa escalones más, y todo aquí tan oscuro, un mundo aún por descender y pensar, Mariana pensar que allá en Las Cumbres subíamos y bajábamos, sin respirar apenas, subíamos y bajábamos por aquel camino sembrado de plantas tropicales, plantas exuberantes que se bebían el aire y se apoderaban del espacio de aquella vereda estrecha que va de la carretera a la casa, de la casa al lago, donde tú y yo hemos nadado tantas veces a la luz de la luna y de la oscuridad, también y nuestros cuerpos

grabándose en la pupila de las sombras y pienso en tu figura, de pie contra la noche, en tus caderas tal vez un poco anchas, en la inocencia casi infantil con que te entregabas por completo a tu desnudez cuando te echabas, así, boca arriba sobre la grama e ibas arrancando una y otra flor silvestre para llevártela a la boca y jugar con ella largo rato y aquellos silencios largos mientras yo te acariciaba, lentamente te iba acariciando, besando, pulgada a pulgada, poro a poro todo el cuerpo y recién ahora, sí, ahora mismo es que descubro que nunca durante estos cuatro meses, nunca, Mariana, ni en esos momentos de intimidad absoluta, ni cuando tirados en la tierra, éramos tierra, éramos vida, éramos el universo con el universo, pronunciaron tus labios ni una sola vez, ni una vez que me querías, veinte escalones más, ni una sola vez, Mariana, ¿por qué?, dime ¿por qué me hablabas únicamente en términos de esta relación nuestra, Mariana, de este vínculo, Tito, que nos une y sólo a veces teñías tus palabras con tintes de algo que yo no llegaba a reconocer qué era? y además ¡cómo disimulabas! eras una maestra disimulando frente a Queta, repito su nombre, Queta, no creo que ella haya llegado a sospechar nada del asunto, no, pero, Mariana, escucha, dime que ese vínculo o como sea que lo llames fue para ti algo mucho más que una aventura, claro, dime que sí, te lo exijo, no, te ruego que dejes a un lado, por esta vez te lo suplico, ese modo irónico tuyo de ver las cosas, de ir catalogándolo todo, de irlo haciendo o deshaciendo con un comentario directo, agudo, escalofriante, y ahora se me ocurre que a lo mejor lo que me diste fue un aferrarte a una hora de placer, consciente de que en esta carrera contra el tiempo hay que sacarle el jugo a estos años cuando estamos todavía, ahí, trepaditos en la cima, digo en la

cúspide y que, en verdad, son tan pocos, no son nada, mujer antes de que lleguen las arrugas, las bolsas, Mariana, debajo de los ojos, la calvicie total, las varices, el endurecimiento de las venas, el pulso tembloroso, pero dime, tú—tú—tú, ¿estabas tú, así, bien consciente de que todo esto se termina? —O fue simplemente que, como en todo, no creías en forzar los acontecimientos? Y es que tú has sido, desde que te recuerdo, tan natural, quiero decir tan franca que a veces hasta rayabas en lo abrupta, Mariana, besaba tus labios que lentamente se entreabrían, suaves, que se amoldaban a los míos, húmedos, tan espontánea, amor, que aún ahora me pones en guardia ante mí mismo, ante mis dudas, ante esta serie de fórmulas y dogmas que me poseen y que tontamente quieren determinar, incluso, el modo mismo como debiste exteriorizar tus sentimientos, ¡qué bruto soy! , coño, Mariana — amor — ¡qué bruto he sido! , tu cuerpo, como toda tú, desnudo, un cuerpo limpio, sin nada que ocultar, sincero, un ombligo pequeño en una carne tersa, un desamparo que llamaba a amarte y abrazarte, a poseerte para irme contagiando poco a poco de tu risa clara, de tu mirada abierta, de tu modo directo de enfocar las cosas, de tu curiosidad vital, de tu entrega lenta, de tu ironía misma, que me hacía descubrirme y descubrir con nueva luz a otros, y luego aquellos rasgos tuyos de ternura, que, vaya, me sembraron ganas nuevas de seguir viviendo, el último escalón, llegué, abro la puerta, ¡al fin la luz del día! , y Cedeño con el automóvil esperándome.

—Servido, don Tito.

—Gracias, hombre, gracias. Pásate mañana por la oficina.

—De acuerdo. Ya sabe, don, que aquí nos tiene siempre a las órdenes.

—Lo sé, viejo, lo sé. No dejes de pasar mañana; y retrocedo rápidamente, salgo del garaje y de los estacionamientos y el sol, ¡contra! , me pongo los anteojos negros, el sol de tres de la tarde filtrándose entre los árboles de esta calle a la que nunca acaban de arreglarle los huecos ni de taparle las zanjas, y una vez más aquí, allá, las mansiones estilo colonial que gringos y franceses y suizos y alemanes han ido comprando, transformando en bancos, restaurantes o comercios, qué ganas Mariana, de regresar, volver, de echar atrás el tiempo, las fuentes, la tranquilidad, y yo, con mis ocho años, de la mano de tía Isabel, entrando con ella a visitar a aquella pareja de viejos nicaragüenses, de viejos exilados, buenas tardes, ellos recién se habían hecho construir esta, ¿o era aquella? , casa de dos pisos que ahora alberga a uno de los setenta y pico bancos que tenemos, y yo con la boca abierta cuando el viejo relataba que había peleado contra los Marines en una guerra, ascendíamos, pistola en mano por el Coyotepe, éramos un puñado apenas, pero verdaderos protomachos luchando contra el ejército invasor, y la boca mía todavía, si es que eso era posible, más abierta, y el viejo agitando los brazos, y la tía Isabel dándome un codazo, cierra la boca, Tito, que babeas, y el viejo mirando fijamente hacia la ventana o hacia la puerta, Somoza no deja hablar a nadie de esa guerra de 1912 contra los yanquis porque él ha sido el gran Pinochio de varios Geppettos norteamericanos, Roosevelt, Truman, y los que vendrán después, y tía Isabel que cruzaba la pierna, que se cansaba, cruzaba la otra, ¿se beben un refresquito de piña con nosotros? , a ella que le hablaran de lo colombiano y, cuando mucho, de lo nuestro, y de pronto aquél, Tito, o cierras la boca o jamás vuelvo a salir contigo, y yo, muerto de vergüenza, abriendo unos ojos de este grande, mientras

el viejo me invitaba, vuelve, hijito, vuelve tú solo otro día, pero, qué va, ya no volví y sólo supe de él cuando se murió y los hijos se fueron a vivir a Miami y allá se hicieron millonarios, cruzó velozmente una calle, otra, árboles, un alto, otro, una calle recta seguida de una curva, desemboca en la Samuel Lewis, un rascacielo, el Santuario del Corazón de María, dos condominios recién terminados, el tránsito es rápido, desordenado, doblo a la derecha, las nuevas residencias a lo Fort Lauderdale, qué poca imaginación la de nuestros arquitectos, aunque tal vez la culpa no sea enteramente de ellos, y pienso en Queta buscando planos, encargando modelos de esos que salen en *House Beautiful* en la sección de "Window Shopping", "You Too Can Own A Dream Home", y aquellos planos, concho, aquellos planos que llegaban por correo, conjuntamente con una porción de otras cosas y ella explicándome que no había podido resistir la tentación cuando había visto los anuncios "Not — by — the Sag Your Chinny — Chin — Chin", "Lead a Soft Life", "Sauté the French Way", "Simply Shocking" "A Mountain of Flavour in Each Golden — Brown Kernel" y aquí estoy, aquí me tienes, frente a la casa, dos mil metros cuadrados en esquina, mi casa, modelo No. 111258, Tropical Dream, arquitecto desconocido, planos ajustados y legitimizados por un compadre de mi suegro que ejerce la profesión hace más de treinta años y de paso preside una compañía constructora popularísima, Elías me divisa y se precipita, viene a abrirme el portón, entro y me estaciono junto al Jaguar rosa-vieja de Queta, salgo y siento aquí adentro, en la boca del estómago, la misma incomodidad, coño, es la misma, la de anoche y antenoche, tengo que enfrentarla, ajá, está bien, pero, ¿cómo? dime cómo.

—¿La señora y los niños están en casa? —le

pregunto a Elías.

—No, Señor, el carro de su papá de ella vino muy temprano a buscarlos y todavía no han vuelto.

—Vaya. ¿Todo bien?

—Sí, Señor, no hay novedades.

—Vaya. ¿Y tú? ¿Tú que tal?

—Ya verá, pues, ahí pasándola.

—Vaya —y, sin más, entro a la casa y Felicidad, la criada que asea, está cambiándole las flores a los jarrones y echo una ojeada, la sala, el comedor, a la izquierda, la salita de recibo, las papeletas arrancadas, reparo en los impactos de bala en las paredes de cemento.

—Buenas tardes, Señor.

—Buenas.

—La Señora no ha regresado todavía.

—Ya lo sé ¿No han llegado aún los albañiles?

—No, Señor,

y paso directamente al dormitorio, me quito el saco, lo cuelgo, me aflojo la corbata y salgo otra vez a la sala a servirme un whisky con hielo, con agua, con soda, whisky solo, icarajo!, ya por Dios, ya basta.

—Voy a darme un baño —le anuncio a la criada y ella me mira asombrada y yo me quedo aún más asombrado. ¿A santo de qué le he dicho ahora eso? Paso a mi recámara, me encierro, entro al cuarto de baño, abro la llave del agua fría y la dejo correr mientras, lentamente, me voy desnudando y la bañera que se va llenando de agua fresca, de agua que casi, casi, casi raya en lo helado y yo me sumerjo por fin en el agua y comienzo a beber el whisky a sorbos, uno a uno, y permanezco, así, inmóvil, un rato, un trago y otro, Whisky—Something—Special, el hielo que me baila en el paladar, y el whisky que baja, tibio, hasta el estómago y el agua de la bañera que se va poniendo más y más

helada, debe haber pasado un cuarto de hora cuando al fin decido enjabonarme y enjuagarme y salgo del agua envolviéndome en una toalla King Size, amarilla, felpuda, una toalla Fieldcrest con monograma grande, en verde, entonces voy al cajón, busco ropa limpia y me visto: la camiseta, los calzoncillos, las medias oscuras... siempre la mismísima carajada, día a día.

El se ve, así, a medio vestir, reflejado en el espejo de Queta de tres lunas: el perfil, las espaldas anchas, los glúteos ligeramente caídos, las piernas largas en calzoncillos — muslos, rodilla, pantorrillas — la nuca, el tórax musculoso, coge un fósforo, un cigarrillo, lo enciende y contempla la llama, primero, el humo que aspira y cierra los ojos. No hay mucho qué hacer, no, los abre, Garrido lo sabe. No hay nada que hacer, se acomoda en el sillón, junto a la mesita redonda del teléfono y contempla la habitación que puede describir a ciegas: la cama de caoba tallada, con dosel y todo, el toile de juie de F. Schumacher and Company que la cubre y adorna, también, las cuatro paredes y la butaca donde está en estos momentos arrellenado, la alfombra beige, la cómoda oscura con losas de mármol de Carrara que una vez perteneciera a la bisabuela de la Guardia. Alarga la mano rozando apenas el jarrón de cristal con rosas rojas, siempre rosas rojas. ¿Ama él algo de esta pieza? Se queda un instante con la cabeza, todavía, mojada, entre las manos; no, claro que no se trata de eso, ¿quién más, Mariana, que tú para saberlo? Me levanto y voy eligiendo la ropa, poco a poco: el traje oscuro, sí, el que encargué a Betesh para las festividades octubrinas, saco

del estante, cinco, siete, nueve trajes, todos oscuros, además y a mí que no me gusta el negro, ni el gris, tampoco, nunca me ha gustado, sin embargo, ¡qué vaina!, aquí me tienes, amor, forrado todito como las viudas, digo, sólo me falta el velo, camisa y corbata gris, zapatos negros, medias negras, forrado como tus tías solteronas, vuelvo a cerrar los ojos, me palpo las facciones de la cara — la nariz, la boca, los abro, me veo en el espejo, las orejas grandes — todo esto he sido yo, la casa, los muebles, todo esto, el automóvil, este cuerpo velludo que tú has recorrido poro a poro, aspiro el humo, otra vez el humo, toso icontra!, todo esto que hasta este viernes fue mi vida, amor, un universo compacto que parecía bastarme por completo. Doy unos cuantos pasos, recojo la ropa, la acomodo cuidadosamente sobre la cama, una vieja costumbre que aprendí seguramente de mi nana negra, de mi nana siempre almidonada, y que despertaba la ira de mi madre y, ahora, de Queta, ¡ya te he dicho que así lo ajas todo y de paso arruinas, también, la sobrecama!, ahora de Queta, lo repito, repito su nombre, eso es, la pecosa Queta, mi mujer, la pelirroja Queta, los dos ahí tirados en la cama, una desnudez porque sí y porque no, también, sin transcendencia, unos senos pequeños, casi de adolescente, las caderas estrechas, un cuerpo parecido al de mi madre, sólo que éste es pecoso como toda ella, un cuerpo que a la vez me gusta y me fastidia y que en nada me recuerda al tuyo, Mariana, Mariana-amor-, un cuerpo sin misterios, sin descubrimientos, donde los dos hemos sido simplemente sexo, un sexo desganoado, encarcelado dentro de esta relación que petrifica y una y otra vez la monótona excitación y el orgasmo y el vacío, un pacto negro, caraste, donde ella y yo sabemos que ninguno habrá de atreverse nunca a romper las reglas, pero claro,

Mariana, que no te estoy diciendo nada nuevo, nada que tú no previste desde el primer momento, digo, desde aquella noche en casa de Teresa cuando hiciste aquel brindis memorable, por Queta que te ha dado tres hijos en tres años y por la maravillosa inversión que ella representa, y te veo alzando la copa, al mismo tiempo que con la otra mano te levantabas el mechón que te cubría parte de la cara y te veo, también, aquella noche en el Teatro Nacional y yo resguardándome detrás de esa frase de Taylor, *Fear is the mother of foresight*, la frase que hizo desatar en ti la carcajada y en esa frase, voy al baño, *pink-pretty-and-practical*, me acerco al botiquín, lo abro, ¿qué es lo que no te dije en esa frase?, Broncofenil-Forte, Hygroton 100, Tetraciclina 250mg, buferinas Bayer, Mercuriocromo, Chlorotrimetrón para las alergias de Rodolfo, una vez más aquí me tienes, aquí me tengo, Roberto Augusto Garrido III, el Hijo del Hombre, un rostro aceptable, respetable, agradable, un rostro, en fin, pasable, pero sólo alcanzo a verme de frente y, después de todo, el perfil siempre me reserva la peor sorpresa, busco el pcine, me hago la raya a la izquierda, las entradas del cabello, profundísimas, los cachetes generosos, los labios demasiado delgados, me palpo la barba con las yemas de los dedos, no, sí, no, no, no es necesario que me afeite, estoy bien así, busco entre las colonias, ¿cuál? destapo las botellas, ¿Monsieur de Givenchy? ¿Royal Lyme? ¿Eau de Vétivier? Esta, definitivamente ésta última y siento el perfume, fuerte, entrándome a raudales por las aletas de la nariz, marcándome, me mojo la frente, mareándome, la nuca, las mejillas, busco un pañuelo, lo empapo, entrándome a raudales por las aletas de la nariz, Mariana, ya sé lo que tú has sido, lo sé muy bien, para mí, tú has sido el eclipse, amor, el mediodía. Saco las

tijeritas y me recorto las uñas de la mano izquierda, luego, torpemente, las de la derecha, me estremezco, ¿y yo, Mariana? ¿qué he sido yo para tí? ¿Una claudicación, tal vez?, bajo la cabeza y sólo sé que mis manos tiemblan y se apoyan en el lavamanos y después regreso al dormitorio, la camisa, tiemblan, las mancuernas, tiemblan, los pantalones, la hebilla de oro con mis iniciales, me anudo la corbata, eso es, Queta y yo, una pareja de pendejos, el saco, me lo abrocho, qué carajo, Mariana, aquí me tienes, soy tuyo, tómame en los cristales del espejo.

Garrido da varias vueltas alrededor del dormitorio y cuando por fin logra salir de ahí cierra tras de sí la puerta y, conste, que lo hace cuidadosamente es decir, como si, inconscientemente, temiera despertar a Queta o quizá a los niños y camina, despacio, hacia la biblioteca, los pasos cortos, la mirada baja, y a medida que camina, con la mano, la derecha, se palpa el cabello de hebras lisas, todavía mojado, y la casa tan sola, concho, se pone los anteojos, revisa los impactos de bala, aquí uno, allá otro, los cuenta, demasiados para recordarlos, llega a la biblioteca que siempre mantiene enllavada, entra, y curiosamente, los guerrilleros dejaron este cuarto intacto. Observa las fotos de los familiares, una de él con el Coronel y el Presidente, los tres abrazadísimos aquel Año Nuevo, en Coronado, cuando invitaron también a Wilson y la mujer de Wilson tomando champaña todo el tiempo y todos hablando mucho, demasiado, y el Presidente, Mariana, invitándonos a pasear en su yate, digo, en el del Gobierno Revolucionario y la Wilson dale-que-dale, contando algo de cuando habían estado en la Riviera y Ari los había llevado a pasear en el *Cristina*, y Jackie que no estaba porque andaba en Nueva York o en Palm Beach con los muchachitos y su

suegra y todo el mundo hablando de los Kennedy y el Coronel, pobre, aburridísimo, y el Presidente hablando en inglés y de pronto, todo el mundo en inglés, oh boy, this is what I call a party, y hasta los chistes en inglés y el Coronel, pobre, aburridísimo, y el yate presidencial sereno, navegando contra un cielo azul y Queta y yo comiendo bocadillos de langosta bien salados y bebiendo champaña y más champaña y de pronto, contra, nadie sabe ni cómo ni de dónde, apareció el fotógrafo, el maldito fotógrafo y yo buscando a Wilson, pero, él qué va, él sabía desaparecer a tiempo, y el Coronel, el Presidente y yo nos abrazamos bien fuerte, ¡feliz Año Nuevo! , bien, bien fuerte, y ¡clac! nos habían tomado la fotografía.

Una vez en la biblioteca, Tito Garrido enciende un par de luces, revisa algunos documentos, los guarda dentro de la carpeta y se sienta en el sillón de cuero y apoya la cabeza sobre el respaldar, suspira, las cuatro de la tarde, y arroja la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y la frase, ¡qué vaina! , la frase aquella, ¡bases no, bases a ningún precio! y los guerrilleros penetrando en la casa como fieras y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros, y aquella segunda noche, aquella noche del sábado al domingo, el agotamiento, la desesperación que se había instalado entre nosotros, no dábamos para más, ya no dábamos, y Monseñor que no regresaba todavía de sus conversaciones con el Coronel y Cero acercándoseme de pronto y yo reparando en aquellas ojeras profundas y en aquellos ojos negros, duros como la noche misma y luego el insulto, ¡irabiblanco de mierda! y yo diciéndome, carajo, yo no soy psicólogo ni nada de eso pero este pobre diablo tiene unos resentimientos de espanto que no se curan así no más, digo, con un simple tratamiento,

y otra vez el insulto y las frases hechas y aquel determinismo sofocante y luego las oraciones de corrido, el rosario de negociaciones oligárquicas, decía aquello con encono, lo repetía, el rosario de negociaciones oligárquicas ha llenado de vergüenza el nombre de Panamá hasta el punto de que hablar de ellas es motivo de amargura para el panameño decente, y la risa de Joaquín, la sorna abierta, ¿tú? ¿tú decente? déjame que me ría de tu audacia, viejo, y Cero, impávido, acusando con voz monótona, acusando, Ustedes han buscado siempre el juego de las negociaciones con el poder central imperialista, algo así como negociar con Ustedes mismos, un juego que se inició con la República y que ahora se prolonga gracias a Ustedes, y Joaquín escupiendo al suelo, y el otro por primera vez realmente iracundo, el otro apuntándolo directamente con la metralleta, no me provoques, hijo-e-puta, no me provoques que en un tris te hago ver a la llorona, y las horas, Mariana, pasando y Cero que regresaba, obsesionado, que se quedaba largo rato inmóvil, en un rincón del comedor apuntándonos siempre con la metralleta, mientras nos dirigía la palabra, ahora el problema de Washington es sostener a este Gobierno en el poder, ¿creen que no lo sabemos? Todo eso lo ha planeado el tal Kissinger, y tú, y tú, también, Garrido, y es parte de la jugada porque saben que este Gobierno es el único capaz de aceptar un nuevo tratado que incluya concesiones militares permanentes y por eso lo sostienen en el poder, ¿creen que no lo sabemos? Y por eso también es que desde hace siete años Washington ha bombeado más dinero a este país que durante los primeros sesenta y cinco de vida independiente, ¿creen que no lo sabemos?, y por eso el Pentágono también ha aceptado el entrenamiento de los 11.000 hombres de la Guardia

Nacional, una medida que difícilmente habría aceptado, si fuera probable que esas fuerzas llegaran a amenazar la Zona del Canal, y luego un silencio largo y la brisa de la noche, dura entrando, pegajosa, por las ventanas de la casa y Cero que volvía a la carga, todo esto va a cambiar, rabiblanco, y aquel odio que se le salía por los poros, que infectaba el ambiente, el odio, rabiblanco inmundos, la demagogia, burda, nada queda como está, el Imperialismo se cae, aquel resentimiento, se cae, aquel encono, la ira cegándonos, el aborrecimiento mutuo, hemos aprendido de las masas vietnamitas, ¿por qué hemos de negociar con el imperialismo yanqui?. Y cuando ya creíamos que las horas se habían estancado, otra vez aquellos reflectores iluminándonos y otra vez las voces de los guardias por los megáfonos, entréguese que tenemos la casa totalmente rodeada, y luego el silencio, presagio de muerte, el silencio tambaleándose sobre los cristales mientras la brisa espesa de noviembre entraba, se mecía, se marchaba y así muchas horas o, tal vez, segundos y entonces la orden aquella de los guerrilleros, todo el mundo inmóvil, en su sitio, y los guerrilleros disparando hacia el techo de la casa, hacia el jardín y el grito aquél, agudo, una canción inútil y el estruendo de las balas que seguía, el grito aquél girando, rebotando en las paredes, quebrando vasos, el grito aquél, botellas, ceniceros y el olor a pólvora, Mariana, y otra vez la oscuridad y el silencio.

Garrido se levanta, falta una hora para la reunión en la Presidencia. Una hora. Se pasea por el cuarto. Contempla los libros, cientos, acomodados todos de acuerdo a los temas, en los anaqueles. Se acerca al jarrón de cristal y siente la fragancia de las flores. Son las rosas del abuelo Tito. Siempre las rosas que la familia reclama, ya, como algo exclusivo de esa casta. Se acerca al equipo

estereofónico. Busca un disco. Wolfgang Amadeus Mozart. Konzert für Flöte und Harfe mit Orchester C-dur KV299. Contempla el sello amarillo, tan familiar, el sello con letras negras de Deutsche Grammophon Gesellschaft y toma con cuidado el disco entre los dedos para colocarlo, luego, en el plato. Lo limpia; la humedad hace estragos. La brisa pesada, la brisa de noviembre hace destrozos. Escucha la música, el impacto inicial, la insólita sonoridad, la combinación extraordinaria de los dos instrumentos: el arpa y la flauta. La estructura temática del primer movimiento. El brío y la alegría que recuerda a aquellas serenatas preclásicas de los italianos. El Palazzo Comunale di Bologna. Se echa sobre el sillón de cuero blanco ultramoderno, alarga las piernas, las acomoda cerrando los ojos inconscientemente. Por un momento deja que la música fluya, que lo vaya penetrando, una nota, un acorde, que se apodere, toda, de su cuerpo. Respira hondo, vuelve a respirar, así, el aire entrando con la música, poseyéndolo. Se lleva ambas manos al estómago y las deja, ahí, unos segundos. La flauta, primero, ahora es el arpa, y siente cómo las manos le suben y le bajan, acompasadamente, le suben y le bajan y él acaricia el poplín liso y, después, mucho después, los botones de la camisa, aquella pequeña redondez sobre la yema de los dedos, Mariana, la punta erecta de tus senos, la cabeza me da vueltas, una docena de documentos por revisar aún, he dejado de escuchar la música, las cartas, los memorandums, reparo en uno que le dirigía Jorge Mendoza, hace tiempo ya, releo el documento, hace tiempo, repito, mucho, que lo escribí cuando a Jorge recién lo habían nombrado Ministro de Economía y él me llamó para que lo asesorara y ése fue el trampolín, ahora lo sé, tamborileo los dedos sobre el sillón, vuelvo a leer el memorándum, 31 de agosto de

1970, una porción de años, y no sé cómo ni por qué aparece esto entre mis documentos y veo a Jorge, alto, fornido, de hombros anchos, una noche los dos en el despacho de él hablando acerca del proyecto de contrato de concesión petrolera y yo sugiriéndole los lineamientos generales para la promulgación de un nuevo Código de Recursos Minerales que regulase indiscriminadamente todos los contratos que celebrase la Nación con empresas que se dediquen a la exploración y extracción de nuestros recursos minerales, y Jorge apenas esbozando una sonrisa, complacido tal vez, hombre, tú debes conocer al Coronel, me dijo, o mejor dicho, él te debe conocer a ti, y ese fue el principio, Mariana, de una asesoría insignificante, ad-honorem, al salto mortal, y Jorge tocó un timbre y llamó a su secretaria y ella a la Comandancia, o.k., o.k., el viernes a las cinco, y los meses pasando entre idas y venidas a la Comandancia y paseos en helicóptero y en aquel prop-jet bimotor por toda la República y el Coronel, convencido de que el país me necesitaba y un día, ¡paf! , sin muchos preámbulos, el gran ofrecimiento, negociador, y todo tan rápido y con mucho whisky, piénsalo un par de días, me dijo, no puedo esperar mucho, y Jorge y él brindando porque me habían enganchado y por todo lo que mi linaje astuto representaba, por lo que los Garrido habíamos dado durante setenta años a la patria, y yo, lo voy a pensar antes de contestarles y los otros sonriendo guiñándose mutuamente los ojos, haciendo no sé cuantos brindis más, murmurando qué sé yo, murmurando algo que debió haber sido un chiste —á—deux, y ese es el mismo Jorge, Mariana-amor, sí, mi amigo de La Salle, que este sábado cuando supo lo del asunto de mi casa voló en el primer avión desde Nueva York o Washington, donde estaba negociando un préstamo más, el mismo

que al llegar se fue non-stop del aeropuerto a la Comandancia, un buen amigo, y esto lo supe porque lo dijeron por la radio y yo oí su voz familiar, a través del aparato transistor que mantenía Cero encendido a todas horas y escuché cuando lo entrevistaban y él decía que se había ofrecido para acompañar a Monseñor, para ser mediador en nombre de Mi Coronel, pero qué va, la respuesta de los guerrilleros a la propuesta ha sido negativa, un no rotundo y un no, también, cuando propusimos al Señor Nuncio Apostólico para que colaborara en el diálogo, y la voz de Jorge sonando ligeramente alterada, raro, porque él, según su propia mujer, no se inmuta nunca, nunca, digo, ni cuando hace el amor, ni, tampoco, cuando no lo hace, nada como Kennedy que según *Time*, le daban dolores de cabeza y así se lo dijo a McMillan en Bermuda y dejó al Primer Ministro boquiabierto, pero no hablábamos de eso, claro que no, ni nos importa, Mariana, sino de los malditos guerrilleros, y fue entonces, cuando lo de la voz de Jorge, que de pronto entre nosotros se hizo un silencio horroroso, de hielo, diría yo, y Cero me llevó hasta el teléfono con los brazos en alto, anda y llama al hijo-e-puta ése y dile que cierre el hocico una vez por todas, que los locuaces como él acaban bajo tierra, y yo hablándole a Jorge, n'hombre, no creas, no nos tratan tan mal, y la carcajada de Joaquín retumbándome en los oídos, y yo intentando inútilmente bajar la temperatura de la soberbia herida del Ministro, y él preguntándome si necesitábamos algo para hacerlo llegar con Monseñor, sí, ropa limpia, aproveché para decirle, y algo de comida y cigarrillos, montones de cigarrillos, y en eso reparé en los dedos de Ricardo, manchados, en los dedos del embajador, amarillos de tanta nicotina, y al poco rato, otra vez el teléfono y esta vez era Monseñor, bendito

sea, al fin hablaba, desde la casa vecina, o sea, la de los Fábrega, voy para allá, casi lo gritaba, pero por la carga, me veo obligado a ir acompañado, y apareció con el cura aquél, José Rodríguez creo que se llama, enclenque, José, ¿verdad?, el de las úlceras y los retiros espirituales para viudas y futuras divorciadas, el larguirucho encorvado de pelo cus-cus y anteojitos redondos que una vez me contaste que te había salido huyendo, amor, cuando le pediste un mísero consejo, y los dos venían cargando con no sé cuantas maletas y comida del Club Unión y del Golf y de Fuerte Amador, también, y lo más importante, traían doce cajetas largas de *Viceroy*, cortesía, seguramente, del hombre internacional y su millón de amigos, todos posibles agentes 007, siempre bien peinaditos y sonrientes, y ¿fue entonces?, ya ni sé, ¡contra! , empiezo a confundirme, fue entonces que el Arzobispo pidió la tregua de 48 horas, dice el Coronel que en fin de semana es imposible conseguir todo el dinero y que si concede soltar a los presos, Ustedes deben acceder a que los rehenes no vayan con Ustedes en el viaje, y las palabras ésas: Monseñor, váyase tranquilo y busque al Nuncio y tráigalo consigo, pero antes celebre su misa de domingo en paz porque nosotros sabemos ser valientes en la lucha y generosos en el triunfo, las palabras ésas, caramba, amor, llenándonos a unos y otros de justificadas esperanzas.

Garrido se pone, ahora, de pie. Hace rato que el disco ha dejado de tocar. El segundo movimiento se le ha ido en blanco, cero, nada. Eso es, no ha escuchado nada por estar viene-y-va con otras cosas. Apaga el estereofónico. Un equipo extraordinario, lo mejor, como hubiera dicho Queta, como hubiera dicho tal vez mi madre y seguramente mi suegra. Voy hasta el sillón, me siento, cosa seria mi suegra, Mariana, siempre tan

consciente de esas cosas y de que si la gente es gente bien y por bien quiere decir gente conocida, enciendo un cigarrillo, sí, Tito, no te hagas el distraído, me decía, de la alta sociedad, aspiro, y yo, Mariana, haciéndome a propósito el desentendido, digo, haciéndome el idiota para hacer resaltar las inseguridades de mi suegra, dejo salir el humo, para decirle, Mariana, sin decirle, que ésas son cosas que se piensan, pero, concho, no se dicen, para darle a entender que entre los Garridos, los Montalbán con todo y su aire acompasado y criollo y sus millones en cuentas cifradas y su casa de dos pisos en el Golf y su condominio en Miami, resultan unos comerciantes-arribistas, sin mucha tradición, sin mucho nada, doy un par de chupadas más, y ése, precisamente ése fue el término que utilizó tía Isabel, Mariana, y luego mamá cuando les anuncié que tenía intenciones de casarme con Queta, figúrate, con esa gente que todavía se llena la boca porque conoce a fulanito o a zutano, echo las cenizas en el cenicero, después nos comprometimos y ya no se habló más del asunto, qué va, y es que la discreción, digo, vale mucho, mucho, mucho, que es como decir que vale oro y es además, Mariana, lo que te diferencia de los otros, el cigarrillo se ha ido reduciendo, y mi viejo vino y lo salvó todo diciendo que no había por qué preocuparse porque Queta dejaría, para siempre, al casarse, el apellido paterno y cuando mucho, todo quedaría reducido a una inicial, a una "M" con un puntito diminuto y después, ya ni eso, y eso fue, precisamente eso, lo que sucedió, tal cual, el humo gris lo veo, me sale de las aletas de la nariz, y ella, digo, Queta es ahora una Garrido, muy Garrido, por cierto, más Garrido aún que la misma tía Isabel y que los tíos José Domingo y Juan Alberto y es que no hay que olvidarse que en un tiempo record ella ha

dado a luz a tres varones y ya entró, como quien dice, por la puerta ancha a formar parte legítima de la familia y que no se le ocurra a nadie dudarlo ni por un instante porque mi mismo viejo se enfurece, el humo me va envolviendo, me envuelve todo, ahora, y es que él la aprecia mucho, Mariana, digo, aprecia lo que ella vale y no en balde porque con el dinero de ella él organizó la empresa aquella, sí, la International Importing and Exporting Business, en la que él quedó de presidente, por tu propio bien, hija, le dijo, para protegerte, y a ella la puso de secretaria-tesorera, apago el cigarrillo, y ahora los dos se aman y él hasta la besa y abraza con cariño, lo que nunca ha hecho conmigo, contra, hace rato que alguien está tocando, tímidamente a la puerta.

—¿Sí?

—Con permiso, don Tito.

—¿Sí, Elías? —levanto la vista.

—Los albañiles han llegado. Están allá conmigo en el garaje.

—Ya voy,

y Tito Garrido se levanta y mira hacia la puerta y el otro le pregunta que si quiere que lo acompañe y él apenas pestañea y empieza a caminar hacia la puerta. Hace calor afuera. Las cuatro y veinte. Ya pronto debe partir hacia la Presidencia. Camina. Si él pudiera describir con sólo una palabra, un verbo, acaso, dicho en infinitivo, la sensación física que lo posee en este instante. No, no puede. Y el chofer, tampoco dice nada, únicamente lo sigue, un paso largo, otro y otro y juntos atraviesan los corredores, la cocina, el cuarto de lavandería y abren la puerta que da hacia los garajes. Allí están. Son cuatro. ¿Para qué tantos?, se pregunta Garrido un poco sorprendido. Con uno o dos hubiera bastado para realizar el trabajo en un par de horas.

—Buenas tardes —oigo que me dicen, en coro, como en el colegio.

—Buenas. ¿Han traído todo, cemento, arena, etc.?

—Sí, señor, estamos listos para comenzar, y los cuatro aguardan, inmóviles, con las manos rígidas sobre el regazo. Esperan, quizá, que los ojos oscuros de Garrido los observen, que los graben uno a uno, Es una mirada penetrante, una mirada nueva, que el mismo Elías desconoce.

—Síganme, —da al fin la orden y los cuatro obedecen y Garrido escucha en el silencio los latidos de su corazón, los latidos alterados, la detonación de las pistolas, de las metrálletas, el clic seco y metálico,

—Los impactos son muchos y evidentes —digo y veo a los cuatro albañiles que se dispersan por la sala, la salita de estar, el comedor, los corredores, los observo, permanecen unos segundos deliberando entre ellos, que si es calibre 32, dice uno, n'hombre, automáticas, calibre 12 dice otro, y los guerrilleros, Mariana, ibases no! , las balas rebotando en las paredes, ibases a ningún precio! , quebrando vasos, botellas, ibases no! , ceniceros, y otra vez los gritos, ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACION NACIONAL!, ¡VIVA EL COMANDO URRACA! , y el recuerdo inmediato golpeándome en la boca del estómago, el miedo,

—El trabajo estará listo para cuando usted regrese, señor, somos cumplidos, el miedo dominándome, Fear is the mother of foresigth, fear, Mariana-amor, fear, encogiéndome los genitales, y aquel orín saliendo a gotas, tas-tas tas, y el dolor que iba de los riñones a las piernas, y el orín turbio y la guerrillera apuntándome, io nos vamos todos, o nos morimos todos! , tas-tas-tas, el orín mucilaginoso, me aflojo ligeramente la corbata y la voz de Wilson, how charming of you to give this party in

our honour, our pleasure, Mr. Ambassador, pero la fiesta no había sido planeada en honor de él sino de Bunker y Dolvin, sólo que ellos se marcharon antes de tiempo y ya ni modo, había que darla con el caviar encargado a Miami y los doce pomos de paté con trufas comprados, our pleasure, Mr. Ambassador, una sonrisa y todos viajando desde Tocumen en avioneta a la Isla Contadora, el paraíso tropical, el que usted eligió para hacerlo su segundo hogar, cientos de camarógrafos enfocándonos, Bunker, Dolvin, todo el equipo negociador y también Wilson, nos dábamos la mano, enfocándonos, no, mejor dense un abrazo, oh, yes, an abrazo, very latin, sure enough, ¿alguna declaración?, sí, estamos reunidos después de tantos meses, animados por un espíritu de mutua comprensión y confraternidad americana, clac, otra fotografía, anda, Nino, apunta que eso es importantísimo, hace titulares excelentes, don Tito, por favor, no sea esquivo, mire hacia acá, hacia la cámara, la televisión, no sea esquivo, el teléfono repicando a lo lejos.

—Con permiso —me volteo y es Felicidad, la criada, que me habla.

—¿Sí?

—Don Tito, la señorita Marta en el teléfono, dice que es urgente.

—Voy. Muchachos, no dejen de hacer un buen trabajo.

—Deje eso de nuestra parte, se lo garantizamos.

—Elías, encárgate tú de esto.

—De acuerdo, don Tito,

y miro el reloj y son las cuatro y veinticinco, entro en la biblioteca, cierro la puerta con llave, tomo el auricular,

—¿Sí, Marta?

—Acaban de llamar de la Presidencia.

—¿Y?

—Que la reunión ha sido pospuesta para las seis.

—Bueno que me lo haya avisado; salía para allá en este instante.

—Hablé también con la oficina del Licenciado Pérez Dávila.

—Ajá.

—La cita quedó fijada para mañana a las diez; él dice que vendrá acá, donde nosotros.

—Gracias, Marta. ¿Eso es todo?

—Sí, don Tito, y buena suerte.

—Gracias, gracias —Cuelgo el aparato, voy hacia el sillón, me siento, recojo del suelo el portafolio, pongo en orden otra serie de documentos, aquella última reunión con el equipo negociador en Contadora, me levanto y camino hacia la ventana, descorro las cortinas, los árboles meciéndose, los pinos altos, la grama húmeda por la lluvia que cayó esta mañana, tengo un par de horas antes de la Presidencia, golpeo los cristales con los nudillos de la mano derecha, ¡chuleta! , me los llevo instintivamente a los labios y los mantengo ahí, apresados unos segundos, pego, ahora, la frente, ahora la nariz, contra el vidrio frío, lo he empañado, saco el pañuelo y limpio el vaho, habrá que elaborar programas, una nueva estrategia para que el pueblo siga apoyando al Gobierno en lo de las negociaciones, un par de chiquillos caminan por la acera, aquellas caminatas por la playa de la isla con el individuo ése del Defense Department, uno de los tantos asesores que había venido a Contadora con el General Dolvin, el sol ardiente, las huellas nuestras en la arena, un velero bamboleándose a lo lejos, do you ski? No, I don't particularly like to, pity, living in this country, not much else to do, is there? , oh, we manage, la brisa levantando la arena, azotándonos, la brisa fatigosa de noviembre, we manage, y yo observando de

rejo al gringo, de rejo, joven, las costillas salientes, el estómago flácido, de rejo, aquella piel que de tan blanca daba asco, seguíamos caminando por la arena, y el rumor creciente del oleaje, y las ideas en boca de aquél yendo, viniendo, repitiéndose, compitiendo también con la marea, había que actuar precavidamente, me decía, previsoramente/ prevenidamente/ recelosamente/ porque de otra manera los votantes/ los zoneítas/ los militares/ los congresistas/ los senadores/ los gobernadores de Alaska hasta Wyoming interpretarían esto del Tratado como derrota/ fracaso/ vencimiento/ malogro/ desgracia/ desastre/ capitulación/ revés/ descalabro/ catástrofe/ y, claro, había que evitar todo esto sobre todo después de Watergate y Viet Nam y antes de las elecciones y de las festividades del bicentenario, pero, mire Usted, le refutaba yo, Panamá es una bomba de tiempo, y las olas que iban y venían, que pugnaban con la voz humana, Humphrey, entre otros, ya se los ha dicho, you must be careful, me interrumpía aquél, los liberales han sido siempre una minoría peligrosa, una minoría por naturaleza entreguista, ahí tiene usted a Franklyn Delano, por ejemplo, gran amante de los comunistas, y yo sumiéndome en un silencio total, no había mucho que hablar con este tipo, y al cabo de un rato ajustándome los anteojos oscuros, divisando desde la playa un costado del hotel que habían levantado con premura, me tomaría allá un whisky en las rocas, y la arena tersa, el sol ardiente contra un cielo limpio de nubes, la arena recogiendo las huellas de cientos de turistas extranjeros y de alguno que otro panameño, el sol barnizando nuestros cuerpos, y aquellas olas, ahora azules, ahora verdes, ahora grises, Mariana, aquellas olas yendo y viniendo, enroscándose y subiendo sorpresivamente, y la espuma blanca y fría llegando suavemente

hasta la orilla, rozándonos apenas, borrando para siempre las pisadas grabadas en la arena.

Garrido deja caer los brazos hacia un lado, baja la cabeza y todos sus movimientos son lentos, incluso cuando se pone de pie para recoger un periódico que divisa sobre la mesa blanca, esquinera. Lee los titulares. Es del domingo y el asunto del secuestro por supuesto está en primera plana. Repara en la foto de él, inmensa y las de Abel Ramírez, Ministro de Comercio, y de Ricardo Arosemena. Los demás rehenes son sólo un par de palabras dentro de un maremágnum descriptivo de los hechos. Garrido no ha podido ocultar un gesto inconsciente de tensión y sus labios, en silencio, van moviéndose, repitiendo quién sabe qué, a medida que lee la noticia. De pronto, él ve una nota pequeñísima, encuadrada en negro, "A nuestros lectores: Véase página 3, Conferencia dictada por Ellswort Bunker ante el Consejo de Asuntos Mundiales de los Angeles". Garrido pasa las páginas, una a una, cuidadosamente, hasta llegar a la indicada y respira hondo, llenándose el pecho de aire. Ya había leído él este discurso, ayer, pero lo había hecho en forma tan superficial que era poco lo que recordaba. Sacó del estuche las gafas de lectura y se las puso. Aquí ha quedado definido todo, se dice, y se sienta enfrascándose en la lectura de ese documento. Saca un bolígrafo y subraya.

Defensa del Canal:

"—Panamá reconoce la importancia del canal para nuestra seguridad".

"—Como resultado de esto Estados Unidos tendrá la responsabilidad primaria de la defensa del canal durante la vida del Tratado".

"—Panamá concederá a los Estados Unidos dere-

chos de uso para defender la vía marítima y Panamá participara en la defensa del canal de conformidad con sus medios”.

Y el embajador, Mariana, el primero en llegar, me estrechaba la mano, mientras Queta besaba a Mrs. Wilson, levanto la vista, ibases no, bases a ningún precio! , y los mesoneros sin hablar, our pleasure, Mr. Ambassador, los mesoneros que se deslizaban, sigilosos, guardo la pluma, Cero acercándoseme, me quito los anteojos, los meto de nuevo en el estuche, doblo el periódico y lo pongo a un lado, la abrogación del Hay-Bunau Varilla, la terminación de la perpetuidad y del ejercicio por parte de los gringos de algunos derechos jurisdiccionales en la Zona, no quiere decir nada, rabiblanco de mierda, ese es el caramelo con que endulzarán los oídos de los tontos y los ignorantes, la defensa es la cosa, me levanto y voy hacia el jardín, atravesando el salón, la salita de estar y los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos iguales, impávidos, canjeables, my wife and myself are equally delighted to have you over, y los invitados que llegaban y se servían y cambiaban este vaso por aquél, la piscina está vacía, busco una silla reclinable, la pongo junto al tronco del Jacarandá, me siento cerrando los ojos al instante, y los mesoneros que iban y venían, y tú, amor, y Queta también, la pecosa Queta, la pelirroja Queta que salía a bailar con Wilson, it's quite simple, Mr. Ambassador, just follow us, quite simple, y él tratando inútilmente de seguirles, y aquella tarde de abril, Mariana, papá y yo reunidos, mejor dicho, la familia entera reunida alrededor de la abuela María Luisa la anciana de noventa y cuatro años que después de

veintitrés de viuda del abuelo Tito se moría, ¿qué te ha dicho hoy el Coronel? , me preguntó en un momento en que nos separamos de los otros, me ofreció integrarme al equipo negociador, le contesté, y la frase aquella dilatando, primero, las pupilas de papá y luego dibujando en su cara, siempre impávida, una mueca que no supe en un principio si era de gusto o de desprecio, y ¿qué has pensado hacer? me interrogaba después de varios segundos de silencio, en eso estoy, dándole vueltas al asunto, he consultado hoy a mis dos socios para ver cuánto de mi trabajo actual podrían asumir ellos en caso de que yo aceptara, y las voces de los otros acercándose, la de los tíos José Domingo, Juan Alberto, Isabel y sus respectivos cónyuges, hijos y nietos, acercándose, mi opinión es que debes aceptar, interrumpiéndonos, es hora de ir donde mamá, anunciaba la tía Isabel, siempre tan autoritaria, hijo, hay que dejar a un lado los prejuicios, me susurraba papá entonces al oído, hay que encontrar los medios mejores para asegurar que serán protegidos nuestros intereses y toda la familia alineándose, una procesión hasta el cuarto de la abuela, hay que luchar además para que el Canal esté abierto en todo tiempo al tránsito marítimo, me hablaba mi viejo siempre al oído, que opere eficientemente y con tarifas que sean equitativas para los embarcadores de todo el mundo, un canal que esté tan protegido como sea posible del sabotaje y de la amenaza de los comunistas, oye, tú Roberto, deja de cuchichearle ya cosas a tu hijo, se escuchó una voz entre las tantas que en esos momentos se arrebataban la palabra, encabeza tú la fila hacia la habitación de mamacita, y papá del brazo de mamá y luego el tío José Domingo y su mujer y así ad-infinitum, y de pronto la visión aquella de la anciana de tez cuartecada y amarillenta, de pómulos salientes y

ojos como un par de diminutas cuevas, sentada en un sillón en medio de almohadas, almohaditas y almohadones, presidiendo, como una reina, bendiciéndonos, habían deshojado a los pies de ella pétalos de rosas blancas, rojas y amarillas, boqueando ya, acuérdesse de mí mañana cuando no esté, musitaba la vocesita que se iba, y los niños seguramente aterrados ante el espectáculo, un grito, ¡ay! , los santos óleos, el cura, el monaguillo y un par de monjas que entraban y salían las enfermeras con jeringas, bolsas de hielo, bacinillas de todos los tamaños, quítenle los zapatos que le aprietan, murmuró alguien, no, el vestido, no, los dientes falsos, y la fueron despojando de esto y de lo otro hasta desnudarla, y la luz intensa, la luz intrusa, fijando cada arruga, cada pliegue del cuerpo amarillento de la anciana, la daban vuelta, la erguían, la enderezaban, ¿quiere escupir, vomitar, orinar, defecar, tal vez? , y aquellos ojos, ¡contra! , aquellos ojos opacos que no decían nada, que se mantenían pendientes del tubo que le bailaba entre la nariz y el estómago, y los empleados de la casa pasando las bandejas de plata que no se sacaban del armario desde hacía años, whisky con agua, con soda, whisky solo, mamacita ha pedido que todos cenemos aquí con ella esta noche, decía tía Isabel y lo volvía a repetir mientras entraba y salía del salón a la cocina, del cuarto de la anciana al salón y otra vez a la cocina, daba órdenes, el funeral debe ser tan espléndido como el de papá, whisky con agua, con soda, estás loca, mujer, tal como están las cosas eso resultaría un anacronismo, hablaba por primera vez aquella noche el tío José Domingo, Mingo, para la familia, whisky solo, vasitos de Coca-Cola para los niñitos, vasos de leche para los cardíacos, la mesa puesta para veinticuatro, sería un pecado echar la ropa y los cachivaches de mamacita a la

basura, enviémoslo todo a las monjitas del asilo, la mesa espléndida, pero ¿y el abrigo de mink y la boa que usaba cuando viajaba a los Estados Unidos y Europa? No, eso habría que rifarlo entre nosotras, claro que sí, mañana mismo, y la mesa de caoba dando paso a seis candelabros de tres brazos, cubiertos, saleros y pimenteros, ceniceritos y centros de mesa de plata sterling, se oyó una voz que decía que Tomasa, la fiel Tomasa le contará todo a mamacita y yo Mariana, ya me conoces, yo, callado, como siempre, admirando la vajilla de cobalto y oro de Rosenthal de antes de la primera guerra, ¿o era de Limoges?, la delicadeza de la cristalería Baccarat, tomando una copa entre mis manos, bebiendo vino blanco, vino tinto, agua, mientras la familia entera discutía que si sería o no prudente escuchar alguna musiquita mientras comemos, ¿ah?, y ¿por qué no? ¡coño! gritó alguien, todavía no se ha muerto, ¿no? y la discusión prolongándose a la luz de las diez y ocho velas que parpadeaban, nos bebíamos la sopa, no lograban llegar a un acuerdo, la corvina, que si Agustín Lara, no, que el Trío Los Panchos, ¡ay! por Dios, Lucho Gatica, la carne asada, el arroz con guandu, los vegetales, el plátano maduro, nos repetíamos un poco de esto, de aquello tan rico, de lo otro, es que todos son tan tan tan requeterrománticos, ¿no es cierto?, decía la tía Rita, mientras pasaban la ensalada, nos servíamos, y de pronto ella proponiendo una fórmula conciliatoria, ya está, escuchemos las cuatro canciones que inmortalizaron a nuestro adorado Pedro Vargas, "Siboney", "Estrellita", "La Paloma" y "Adios Mariquita Linda", comenzó a tararear la última, cállate, idiota, no hagas el ridículo, le ordenó el tío Mingo, y así, llegamos, Mariana, a los postres mientras yo me debatía, sí, no, no, sí, e intentaba llegar a una decisión respecto a la

propuesta que me había hecho el Gobierno, qué sabroso estaba el Bocado de la Reina no, no había más que pensar y mentalmente me puse a redactar la carta que dirigiría al Coronel a la mañana siguiente muy temprano.

— ¡Caramba, darling!, ¿por qué tan calladito? —siento los labios tibios de mi mujer sobre la frente.

—Hola, ¿y los chiquillos? —abro los ojos y la miro y Queta-darling lleva el cabello recogido a la altura de la nuca y se ha puesto un vestido escotado de hilo blanco y sobre el pecho una inmensa cruz de cobre y de cobre también son las pecas y un fotógrafo de las sociales seguramente se desviviría por captar a mi mujer en estos instantes, así tan requetecampante, junto al Jacarandá y la piscina.

—Quiero verlos; quiero ver a mis hijos —le digo y sé que resulto pomposo, melodramático y en estos momentos me aborrezco.

—Yo no; están insoportables.

—Quiero verlos —le repito, casi gritándole.

—Ya te oí, darling, entonces tendrás que ir donde ellos —me dice y se sonríe —la montaña, darling, tendrá que ir por esta vez a casa de Mahoma.

—Ni pizca de gracia —murmuro entre dientes y veo que se aleja y me alegra y de un salto me pongo de pie y nadie como Queta, ella lo ha dicho siempre, darling, que me busquen para desmemoriada y así mejor porque no me llenaré nunca de arrugas, y seguramente esto lo leyó en una de las tantas revistas que compra por cerros y va amontonando y es que la pobre no inventó la pólvora, pero ya ves, amor, no es, tampoco, mala gente y para algunos es hasta superdarling y es que ella sabe dar regalitos y propinas muy buenas y así, ¡ichas!, todo el mundo al bolsillo y además baila muy bien y cuenta chistes y sabe vestirse y no ha dejado de haber alguno

que para halagarme me ha dicho que nos balanceamos a las mil maravillas, pero a qué precio, ichuleta! , vuelvo a atravesar el jardín, la sala, la salita de estar y me topo con los albañiles,

—¿Cómo vamos, muchachos?

—Ahí, señor, adelantando, .

y entro al cuarto de los niños, al nursery, a este Disney-world criollo que huele riquísimo y los observo, tan tranquilos mis hijos, y Robertito se acerca y me besa.

—Mira, papi, mira —y me enseña un carrito de bomberos que acaba de comprarle Queta.

—¡Qué lindo! —le digo y le devuelvo el beso.

—Papi, llévame al Parque Urraca.

—Mañana por la tarde.

—No, hoy.

—Te digo que mañana —y como siempre cuando lo contradicen, Robertito se aleja haciendo pucheritos y a Rodolfo y Rodrigo los tienen en pañales y Rodolfo con esa sonrisa tan bella que no quisiera creer que es la de Queta y las cholas que van y vienen por el cuarto, los desnudan y llenan la tina, sacan del armario los patos y cisnes y las otras aves de plástico y después del baño, a comer se ha dicho, ésta por mami, ésta por papi, ésta por los abuelitos, y así, el ritual hasta la hora del sueño y uno y otro día y los años que pasan y Robertito sentado, meciéndose en la silleta guatemalteca con asientito de mimbre tejido, ¡que no te mesas, muchachito terco! , Robertito, me deleito en pronunciar el nombre, cómo hubiera querido, Mariana-amor, que tu vientre se abriera de par en par, no sólo una fisura, que hubiera dado un fruto nuestro a la vida, y te veo aquella tarde, sí, la del jueves, la víspera de la fiesta y yo llegando directamente de Contadora a tu casa, la señorita está en su cuarto, pase, y tú echada en la cama

con un libro, ¿qué lees? un beso rápido, el tacto de tus labios húmedos, yo tomando el libro de tus manos y en la portada una fotografía de un muchacho enigmático con la ceja izquierda levantada, *Vida y Muerte de García Lorca*, tinta morada sobre fondo blanco, y el nombre de Marcelle Auclair en letras amarillas, es una francesa que conoció a Lorca, fue amiga suya y de Sánchez Mejías y los otros, me dijiste y abriste una página, Tito, por favor, escucha: “Esto no es literatura sino la vida atrapada por la sensibilidad” —leías en voz baja: “Ocupados enteramente en vivir, los personajes no se miran vivir, son arrebatados por el torbellino de la pasión que expresan instintivamente, sin análisis, invenciblemente, como el agua inunda o el fuego devora”, y recuerdo que te miré y ahí estabas, habías dejado de leer y no hiciste un solo comentario sobre aquello, más bien hablaste y volviste a hablar de la fiesta que yo iba a dar al día siguiente, claro que sí, me prometiste que irías con Joaquín así fuera sólo por un rato y abriste las ventanas y escuchamos el siseo de la brisa, la brisa dura de noviembre que agitaba las palmeras, que las doblaba desde el tronco, buscamos unos cojines y nos sentamos, juntos, en el suelo, no te vayas todavía, te lo ruego, Tito, me dijiste y me asombró que me hablaras de esa forma y fue cuando comenzaste a hablar del temor que sentía García Lorca por las despedidas, era horror, pánico lo que lo poseía, y te desbordaste sobre el tema, las despedidas son un anticipo de la muerte, me dijiste y yo te miré largamente, un anticipo de la muerte, repetiste, y no sé ni cómo fui capaz de trasladar ese temor a mis entrañas mientras los rayos de la luna penetraban, congelaban en cierta forma la emoción que me producía tu presencia, me pongo en cucullas y las cholas me traen a los niños, los beso, uno, el otro, el

otro, siento a Rodrigo en mis rodillas, le acaricio la espalda, la cabeza, los cachetes fríos, tus labios húmedos, Mariana, le paso la mano por la frente, me pongo de pie, ¿por qué tuvo que suceder de esta manera? salgo por la puerta, dime por qué, Mariana, me acomodo el saco, la corbata, ahora es por el gusto, escucho la voz chillona de Queta dando órdenes, las cinco menos cinco, entro en la biblioteca, la voz de Queta, lejanísima, me echo sobre el sillón, cierro los ojos, ¡qué vaina! , los abro, eso es, me estoy amargando más de la cuenta por el gusto.

--¿Qué opinas?

--Que debemos poner al tanto de todo al Gobierno.

--¿Y qué quieres decir tú por eso de todo? --le pregunto y bostezo.

--Tal cual, soltarlo todito, las conversaciones que tuvimos con Cero, las amenazas, el apoyo con que cuenta esa gente... --Aparto la silla, me paso el auricular del teléfono de la oreja derecha a la izquierda y permanezco de pie, mientras escucho la voz excitada de Abel Ramírez que trata de convencerme de su punto de vista antes de que nos reunamos en la Presidencia.

--Pero si ellos ya saben eso y muchísimo más --le digo y vuelvo a bostezar, y es el whisky que me ha dado sueño, y comienzo a hojear algunos papeles mientras hablo --Asumir ahora una actitud alarmista resultaría ridículo, viejo, absurdo, algo así como un posclímax, ¿no es cierto?

--No creas, mejor pecar de prevenido, a que lo sorprendan a uno, Garrido.

--Tranquilo, viejo, ya los tipos están afuera y ahora es cuestión de desprestigiarlos y conociéndolos, ellos

mismos terminarán hartándose unos a otros.

--Y mientras tanto la ultra derecha se organiza y con tal de arremeter contra el Gobierno capaz hasta se alían con los guerrilleros y ahí ya tienes la bola de nieve...

--Lo dudo.

--Mira que tengo pruebas.

--No más de lo que tengan en la Comandancia.

--Bueno pues...

--¿Qué propones, entonces?

--Lo que ya te dije

--Allá tú, Abel, yo primero me dejo cortar ambas orejas.

--¿Cómo?

--Que yo oreja no soy, Abclito, ni tampoco me voy a poner en un plan de sabelotodo, sólo porque el asunto sucedió en mi casa.

--No se trata de eso, pero la seguridad nacional está en juego.

--Precisamente por eso hay que dejar el zapatero a su zapato.

--¿Y nosotros, entonces?

--A buscar y consolidar el apoyo del pueblo en torno al nuevo Tratado.

--Seguro, pero además...

--Ya te dije que no; no tengo pruebas concretas.

--No, no si yo no digo nada, Garrido, pero a mí me parece, ¿verdad?

--A mí, no, figúrate, --y la conversación hace rato que ha comenzado a cansarme y miro hacia la ventana y me imagino a Abel del otro lado del teléfono, tenso, el Señor Ministro de Comercio, un hombre moreno, de brazos fuertes, de músculos firmes y Cero que se le acercaba y el otro esperando, sentado en un rincón del

comedor, primero, y el guerrillero haciendo girar la cámara de revólver, giraba de nuevo, ajustaba el gatillo, un hombre del pueblo que ha traicionado a su gente, idesgraciado! , le colocaba la boca del arma contra la sien derecha, ¡grandísimo ladrón, barriguista de mierda! y Ramírez que trataba de desviar la mirada, pero el comedor de la casa, qué va, no ofrecía muchos puntos donde fijar la atención, cuatro paredes, la mesa, unos cuantos adornos de plata, flores marchitas, cuadros de naturaleza muerta, sillas, los otros rehenes, la boca del arma que seguía en la sien, inmóvil, y en cualquier momento el tic seco y metálico, te jactas de que eres del Partido del Pueblo y aceptas sobornos de las multinacionales para vivir como un emperador romano con tres casas acá, cinco carros, mansión en España, tu mujer que encarga la ropa a modistos de afuera, tus hijos en academias militares de los Estados Unidos, y el cuerpo moreno de Abel que temblaba como una gelatina desde adentro, saco el pañuelo y me lo paso por la frente, la figura ésa con el arma pegada a la sien, el pánico.

—Bueno, Abel, nos vemos allá —lo corto y él lo comprende y me dice

—Hasta luego, —y oigo el biz-biz-biz, el zumbido de abeja del teléfono anunciándome que la comunicación ha cesado y camino hacia la ventana y ¡qué vaina! el sol parece haberse escondido y el día, evidentemente, se ha echado otra vez a perder y, en verdad, en noviembre uno nunca sabe, Mariana, recojo otra vez mis papeles, cierro el maletín, y salgo de la biblioteca y escucho las voces de Robertito y Rodolfo y las de las nanas y me los imagino a mis hijos con las cabecitas mojadas, han terminado de bañarse y comer y ahora se disponen a jugar por un rato, a perderse en ese maravilloso tiempo sin tiempo hasta que el cansancio los mande a la cama y

luego los cuerpecitos tendidos, serenos, y se hará otra vez la hora del sol y otra vez la gritería y el juego y el baño de piscina o de playa, los castillos de arena, las bicicletas, los triciclos, el carro de bomberos y la gritería otra vez y el sol, siempre el sol, un tiempo abierto, de luz, mis hijos, un ritmo intangible, enciendo un cigarrillo y dirijo la mirada hacia los albañiles que están, ahora, en el comedor y veo que Queta les habla y se ha encargado de todo el asunto y yo les hago un ademán desde lejos, sí, que sigan, que sigan, y busco a Elías, lo llamo y vuelvo a tomar una bocanada de humo y desde lejos, también, me despido de mi mujer con un gesto.

—¿Sí, señor?

—Alístate, Elías, y prepara el Jaguar para que me lleves a la Presidencia. Se ve la figura de Garrido que se frota disimuladamente la rodilla izquierda, mientras que el chofer de la casa se aleja y debe ser la humedad del ambiente lo que le ha causado el ligero entumecimiento en las piernas porque, a la verdad, él no está dispuesto a aceptar que las extremidades a veces ya no le responden como antes y Tito, ahora, sale por la puerta de los garajes y camina hacia el jardín de la casa y la grama está verde, preciosa, los pinos traídos desde Miami, las rosas, en la calle aumentan los ruidos, uno y otro y otro automóvil, la brisa, y un matrimonio que apenas conoce, una pareja que vive a una cuadra de la casa de ellos se acerca a paso lento y se detiene a su lado y él ve con verdadera aprensión cuando la mujer le extiende la mano derecha, ese gesto que viene a sacarlo bruscamente de su hermético mundo interior.

—Buenas tardes, don Tito.

—Buenas, señora —contesto con una expresión de

rígido desconcierto, mientras observo con severidad a la mujer rechoncha, de piernas cuadradas que tengo ante mí y siento en mis manos la piel fofa, los dedos mochos, y recorro el rostro redondo, deteniéndome por un instante en ese par de ojitos azules oblicuos, que se esconden detrás de unos anteojos bifocales que los hacen parecer más diminutos, si es que eso es posible.

—Hola, Garrido, —el marido, Ben Cohen, me ha tomado del brazo derecho y me lo aprieta, fingiendo una amistad que no existe, ¡contra, cómo lo aprieta! , y para zafarme me da por alisarme el cabello y observo los pómulos altos, las redecillas de arrugas que rodean los ojos, la boca, la frente de mi vecino. —Mi mujer y yo hemos pensado mucho en Usted todos estos días. —Y yo apago el cigarrillo y el asunto ya empieza a sonarme como un gran coro a nivel nacional, la misma pendejada en boca de blancos y negros asiáticos y gente que conozco y otra que no conozco del todo, ¿por qué, carajo, creen tan necesario decírmelo? , y todo esto me provoca un enojo lento, un cansancio, ¡qué falta de imaginación por parte de todos! , de acuerdo, pero ¿qué hacer? , nunca supuse que este pueblo fuera tan torpe, Mariana, las patas de gallo de la mujer alrededor de esos ojos horribles, la panza de Cohen sostenida por un par de tirantes, permanezco inmóvil, nada ha dicho esta gente y sin embargo han logrado hostigarme, muevo los dedos de la mano derecha, el antebrazo, el codo, que no me vuelva a tocar este hombre.

—Con permiso, tengo que hacer, —les digo y estoy a punto de dar el paso, alejarme, cuando el vecino me vuelve a agarrar por el brazo y yo, perplejo, permanezco estático, ¿qué derecho tiene este hombre a imponerme su voluntad así nomás?

—Una sola pregunta, Garrido, ¿el Coronel no va a

ceder ni un sólo centímetro, no es cierto?

—No sé, —le contesto con una lasitud tibia que raya tal vez en el desprecio.

—Las bases a perpetuidad son nuestra única garantía de que el comunismo no se vaya a adueñar de este país; dígaselo así al Coronel de mi parte... —De “su parte”, me digo y no puedo sino esbozar una leve sonrisa, ¡cuántas sandeces a un tiempo! , y sin más les hago una inclinación de cabeza y diviso a Elías, sentado al volante, se ha puesto el quepis de las ocasiones solemnes y me aguarda, y sin darle tiempo a que me abra la puerta del carro, entro y me acomodo en el asiento trasero y él me vuelve a mirar.

—Sí, Elías, podemos partir, dada la orden, veo como el otro se incorpora, el arranque suave del motor del carro, las manos crispadas sobre el timón, y aquella otra orden, alístense que a las once salimos para Tocumen, y los guerrilleros inquietos, yendo de cuarto en cuarto, viniendo, empaquetando las armas para llevárselas consigo en el viaje, envolviéndolas en colchas, sobrecamas, sábanas, manteles, guardando la gran cantidad de municiones y parques que había sobrado, y el guerrillero de los cachetes al aire, el cholo que no llevaba capucha ni máscara, distribuyendo entre los restantes, granadas de mano, preparando candelas de dinamita, mientras Cero daba las órdenes: diríjanse hacia la puerta trasera del garaje, Monseñor, por favor Ud., y el Padre Rodríguez inspeccionen el área, Garrido, tú sigue a los embajadores para que los otros vayan después, se abría, se cerraba la puerta de caoba, las ventanas, ahora, los pasos retumbando sobre las baldosas, tú, Garrido, y aquel tuteo invadiéndome de una ira viscosa, cegándome, el enorme bus de la CUTSA en la puerta, aguardándonos, sí aquel odio cegándome, Mariana, ¿por qué fue

así? dime, ¿por qué tuvo que suceder de esa manera? cegándome, el sol del medio día, cegándome, la Guardia Nacional retirándose a una distancia prudente, el Jaguar que ahora avanza por la calle 50, las palmeras gigantes, Venga Hoy y Entre al Mundo de la Moda con LUCES, Christian Dior/ Pierre Cardin/ Givenchi/ John Kloss/ Yves St. Laurent/ acaricio el cuero oscuro del carro, un carro hermoso, diseñado sin duda para una mujer, aire acondicionado, cojines para la cintura, taburetes para los pies, Garrido, siéntate tú adelante y el guerrillero herido que había permanecido todo el tiempo en uno de los dormitorios de la casa subiendo al bus, las heridas en el hombro, ¿quién lo habría vendado?, la nuca de Elías, cuadrada, sus ojos oscuros mirándome a través del espejo retrovisor y yo a través del espejo contándolos, eran doce los guerrilleros, ¿será de absoluta confianza este Elías?, hombres y mujeres que apuntaban sus armas largas hacia afuera de la ventana y aquella bandera del Frente ostentosamente amarrada en el cañón de un rifle, miro otra vez el reloj, la cinco y treinta, contando también a los otros, el Arzobispo, los tres diplomáticos, el chofer del vehículo, un perfil chato, labios protuberantes, un par de ojos saltones buscándome la mirada y yo correspondiéndole con un ¿qué quieres?, relámpago, dicho con ese lenguaje visual tan característico de momentos de angustia, la tez negra, oye, tú, zambo Ramírez, al asiento trasero, la barba negrísima adherida a unos pómulos requetebien pronunciados, el Embajador Arosemena y Joaquín Menéndez junto a la ventana, las órdenes en boca de Cero yendo y viniendo, no respetes los altos, muchacho, el pánico sostenido y el automóvil aquél que intentaba pasar por la calle y Cero gritándole, o se para o lo mato, el otro retirándose y, luego, Mariana, aquel estruendo del motor Pegaso ya en

marcha, el chirrido agudo de los frenos de aire, y se había iniciado la loca carrera, la *Vía España*, la desenfrenada carrera, el Teatro Opera, el *Minimax*, el autobús que violaba las luces del semáforo, los guardias motorizados siguiéndonos, el Instituto de Recursos Hidráulicos, los cartelones inmensos



**PANAMA SOBERANA  
EN LA ZONA DEL CANAL**



los hoteles, los comercios, los restaurantes, los bancos, las armas automáticas de los guerrilleros sin seguro, la Iglesia del Carmen, el autobús que violaba otro y otro semáforo, que doblaba por la derecha, las armas apuntando a través de las ventanillas del vehículo en marcha, la Universidad, el estrépito de las bocinas de los carros que intentaban inútilmente acercarse, las armas listas para disparar, grupos de estudiantes vitoreando a los miembros del Frente, ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACION NACIONAL! VI-VA--VI-VA, las armas apuntándonos, las sirenas retumbando adelante, atrás, junto a nosotros, retumbando, golpeando en la nuca, en la espalda, retumbando otra vez.

—Elías, toma la Justo Arosemena y luego por la 29 hacia la Avenida Balboa.

—De acuerdo don Tito,

y la guerrillera que se le acercaba al chofer, si haces un alto te fulmino negrito, y le fijaba la boca del arma sobre el cuello ancho y sudoroso, te fulmino, negrito bembón, un llamado a la cordura, Señores, en nombre de Dios, a la cordura, y luego un silencio y las miradas ebrias de odio posándose rápidamente sobre una multitud de curiosos, un grito, ¡allá van! , un aplauso nutrido, una que otra mano agitándose en señal de saludo, ¿a quién? , ¿a noso-

tros? , ¿a ellos? , y Elías que se ha detenido en la intersección de la Federico Boyd y calle 50, podría deleitarme admirando esta hermosa avenida sembrada de árboles, me trac tantos recuerdos de adolescencia, Mariana, los jardines bien cultivados, las viejas mansiones estilo Beverly Hills, íbamos a la piscina de la casa de Rafa, jugábamos al tenis con Joaco y Peter, Juancho y Betito y nadie más feliz que nosotros entonces, ¿verdad? , una raza de guayaberas blancas, mocasines negros y pantalones muy bien estirados, muchachos, bébanse un trago antes de irse, y se organizaban, así, en un 2X3 las fiestas de las que hoy son las grandes señoras de esta ciudad, o.k., o.k., venga otro trago y así terminábamos abrazándonos todos, las faldas subían, los escotes bajaban, besándonos, ¡hola, ricura! , bailando mejilla contra mejilla, besos salados y no sé por qué se me viene, ahora, a la mente la estampa erguida de tu prima Teresa, Mariana, las rumberas en uniforme de diario, ¡ay, ay, ay, qué rico el mambo! , los cha-cha-chas, los merengues, Pérez Prado y su orquesta, ¡ay, ay, ay, qué rico es, es, es! , aquellos senos adolescentes que olían a trópico, los cuerpos moviéndose como puras serpientes que eran y otra vez a la piscina y al tenis, se ha dicho, y alguno que otro a jactarse de campeoncito de golf y lo mejor es que todos, sin excepción, toditos, estábamos convencidísimos de que éramos un puñado de caballeritos ilustres, tal como en esa época, más en son de burla que de otra cosa, nos llamaban mi viejo y el viejo de Joaco y de Peter. Ilustres, imy foot!

Tito Garrido baja la cabeza, se la toma entre las manos y está seguro de que no vale la pena recordar lo que sucedió ayer, anteayer, hace veinte años o, tal vez, hace una hora. Pero, se halla atrapado en un juego malsano y él lo sabe y sabe también que su biografía es

una cadena de datos vulgares. Un muchacho pasa en una bicicleta voceando EL PANAMA — AMERICA, y él da la orden para que el chofer detenga el auto y compre el periódico que empieza inmediatamente a leer: “Monseñor y los tres diplomáticos en vuelo de regreso a la patria”, y se detiene ante las fotografías tomadas en el aeropuerto de Trípoli, pero, qué va, es inútil, no ve nada y busca los anteojos, los saca del estuche, los limpia, y ni así, en casos como éstos es difícil reconocer gestos, detalles. Elías, por su parte, se aburre. Este patrón resulta extremadamente lacónico, una tumba, nada como los Jiménez que se fueron a los Estados Unidos; se limpia el sudor de la frente, no cree que durará mucho con esta familia tan rara, y ahora con lo del secuestro y todo este asco de cosas, a lo mejor hasta se les ocurra citarlo a la comisaría. Se quita el quepis, se alisa el cabello, se lo vuelve a poner, ¡qué golpe maestro el de los guerrilleros! , ¿no es cierto? , ¡bah! , tampoco es gran cosa, señores.

—Mira, deténte en *La Inmaculada* y compra los otros diarios; los que hayan salido esta tarde —le digo al chofer, y en verdad no sé para qué doy esa orden, para leer seguramente la misma noticia al revés, mejor dicho, al derecho, no, de atrás para adelante, mejor, de adelante para atrás, sí, la mismísima, ahora con puntos, sin comas, con puntos y comas, reinventada por el mal-ingenio, con el malgenio de la AP/ UP/ EFE/ PRENSA LATINA/ FRANCE PRESS/ ETC/ ETC, una lección de cómo repetir una singular carcajada de ocho columnas, y veo a Elías que se baja del auto y se detiene a conversar con uno y con otro, les dice, quizá, mi patrón es el hombre, ¿qué hombre? , ¿el Big Chief? , ¡qué Chief! , el pendejo del año, señores, ¿será de confiar este Elías? , abro la ventanilla del carro y oigo la

música, ritmos nuevos que ya no conozco, la cierro, me las levantaba aquí mismo, ¡hola muchachas!, horas interminables de ocio y ellas bebiéndose una soda de uva, una chicha, un helado de frutas, amor adolescente con sabor a membrillo, naranja, papaya, melón y guanábana y Elías que ha entrado y me entrega los diarios, les doy una hojeada, "Monseñor sale de Trípoli", Monseñor y el Nuncio Apostólico llegando a la casa el domingo en la tarde, conversando con Cero, negociando para que ellos dos y los embajadores de Venezuela y México fueran aceptados para el viaje a Libia como garantes, mira, muchacho, sin esos embajadores no hay viaje, el de Venezuela a través de su Gobierno es el que ha conseguido el permiso para que aterrice en Trípoli el avión que los llevará a Ustedes y los presos políticos, el de México también ha recibido órdenes de su Gobierno para que preste su mediación, y el guerrillero pensativo, primero, se aflojaba el cinturón y bebía a sorbos de un vaso, todo esto me huele a trampa de última hora, a que este Nuncio ha sido enviado acá con un cuadro de demandas prefabricadas, alcanzamos a oír que decía y vimos cuando Cero encendió un cigarrillo, le ofreció a Monseñor y dejó al otro por fucra, lo excluía, lo ignoraba a propósito, y luego los tres discutiendo, gesticulando, paseándose, agitados, por el salón principal, ya no se trataba de quién se rebajaba primero, sino más bien de una lucha ciega entre orgullo y principios, y así, debió haber pasado una hora, ¿quién sabe?, sólo recuerdo que Cero por primera vez en esos tres días se levantó y con un gesto superhistriónico colocó la pistola sobre la mesita de café de la sala, era una prueba, ¿de qué?, sólo ellos sabían, alzo la vista, el carro en estos momentos cruza el trecho que divide la calle 39 de la 38, mis calles, tus calles, Mariana, convertidas, hoy, en

pequeños comercios, farmacias, boutiques, consultorios dentales, la Alianza Francesa, oficinas de bienes raíces, la Kodak y a estas horas, en otros tiempos ya hubiéramos estado aquí mismo jugando y tú con tus trenzas largas, una muchachita flacucha que peleaba siempre con Rosarito Prieto, la de la piñata en forma de conejito, y luego todos sentados en la paredilla de la casa de Vicente o Baby García y desde ahí el día amarillo, crema, rosado, gris, y a veces, también en pandilla, caminando hacia el malecón a buscar caracoles y el mar azul, verde claro, morado y gris perla, y todos de regreso a la casa para no perder la hora de la cena en familia, y tú sola, tú, con tu abuela y tus dos tías horriblemente amargadas, y el carro que frena en seco y este chirrido sonando como si alguien hubiera lanzado un lamento, pero no hay tal, sino una mujer y otra y otra que están discutiendo a causa de un choque y la gente que se ha congregado, la Iglesia de Cristo Rey, separo la vista y lo que siento es una necesidad de gritar a todo pulmón, gritar como quien canta, Mariana, cantar como quien grita, ¡Dios mío! , tus ojos la noche del jueves, las largas pestañas que parecían postizas, tu carcajada sonora, los gestos completamente desnudós, no, no, Monseñor, comprenda fue un accidente, mire, ¡está bueno ya! , un accidente, se lo juro, y tú y yo allá en Las Cumbres, subiendo y bajando, sin respirar apenas por aquel camino sembrado de plantas exóticas que va de la carretera a la casa, de la casa al lago, ¡se lo juro! , nadando a la luz de la luna y de la oscuridad también, fue un accidente, nuestros cuerpos grabándose en las pupilas de las sombras, ¡está bueno ya! , comprendan que esto viene a echar todo por tierra, y tu figura de pie contra la noche, tus caderas tal vez un poco anchas, Monseñor, se lo ruego, comprenda, suplicaba, se humi-

llaba, fue un error lamentable, se movió, salía del baño cuando se había dado la orden de permanecer cada uno en su sitio, la inocencia casi infantil con que te entregabas por completo a tu desnudez cuando te echabas, así, boca arriba sobre la grama e ibas arrancando una y otra flor silvestre, Mariana, toda una vida frente a mis ojos, la vida misma y por vida quiero decir algo tangible, inmediato, quiero decir, tú sabes lo que te quiero decir, algo así como un par de ojos que ríen con confianza y son negros, el auto se detiene ante el semáforo del Hospital Santo Tomás, no no va a llover más esta noche, continúa la marcha, IBERIA—AIR PANAMA, el avión con los motores encendidos, aguardando en la pista de carga del aeropuerto de Tocumen, el autobús deteniendo la loca carrera, Cero que daba la orden, los rehenes a bajar rápido, rápido a abandonar el vehículo, los guerrilleros abordando el avión, una mañana de luz, nosotros caminando hacia la terminal de carga, la multitud vitoreando, los gritos, un cordón sanitario de guardias, caminando con lentitud, desconfianza, el pánico aún poseyéndonos, banderines, un calor sofocante, y Elías que no se atreve a encender la radio del auto porque presiento que me tiene vergüenza, es extraño este hombre, ¿no es cierto? , sólo le bastaría con preguntármelo, sin embargo no lo hace y en silencio avanzamos, en silencio me aprieto un poco más la corbata, ¿qué le costaría pedirme permiso? , en silencio me aliso el cabello, me paso el pañuelo por la cara, en silencio, ¡qué hombre tan raro este Elías! , pero me agrada en el fondo, ya dobla por la calle 29, en silencio, bendito silencio, éste no es el típico panameño, aquí que la gente es tan hablantina, que lo abomban a uno, pero, no, me equivoco, el interiorano es diferentísimo al capitalino negroide, zambo, chino, éste, como buen

indio, es siempre callado, a él le gusta que le hablen primero, que le hablen, que le hablen, siempre esperando, aguardando, taimado, a que el otro haga, diga, se decida y es que él sólo sabe seguir, acatar, complacer a regañamiento y entonces puede darse el gusto de pensar que el otro lo está persiguiendo, acosando, hostigando, apremiando, dándole caza, pisándole los callos y también los talones y, así, sentirse como a él tanto le gusta, o sea, como él se siente en su charco: molesto, fatigado, oprimido, irritado, provocado, excitado y atormentado por aquél que haya tomado la iniciativa, cruzamos la Avenida Balboa con rumbo al mercado, la vía más corta hacia la Presidencia, una calle estrechísima repleta de charcos y lodo, maloliente, la peste a pescado, los desechos, a frutas tropicales podridas, a legumbres pasadas, me tapo la nariz con el pañuelo de hilo que huele a colonia, pero el mal olor se filtra a través de la fragancia francesa, quito la vista, es inútil, los vendedores de lotería sentados en plena calle con sus billetes verdes, rosados, amarillos, naranja en el regazo, illévese la suerte! , un grito, otro, el embotellamiento de carros que se topan con carretillas, camiones, bicicletas, motocicletas, borrachos, viejas en andrajos que llevan canastos en la cabeza, icebollas-papas-tomates-lechugas! vocean, las cajas de huevos que se han reventado en la calle, los guardias nítidamente uniformados y llevando grandes anteojos oscuros, el silbato del policía, un carro, otro, alto, un chino vendiendo puerco ya cocinado, otro que le compra una libra pero le regatea primero, un carnicero que lleva dos grandes cortes al hombro y la sangre goteando, tas-tas-tas, goteando, subimos la rampa, la plazuela Alfaro, el mar a la izquierda, las embarcaciones pesqueras, una flota hecha de tablas, a lo lejos los condominios lujosísimos de Punta Paitilla, el

*Holiday Inn*, las palmeras, los yates privados que viajan a diario a Contadora o Taboga, otro alto, y en una pared alguien ha pintado en letras rojas inmensas/ ¡BASES NO! ¡AFUERA LOS GRINGOS! , reconozco también por todas partes las papeletas con que cubrieron las paredes ¡YA NO SEREMOS CARNE PARA EL IMPERIALISMO! , bajo la vista, la noche del domingo la tensión aumentando, sin dormir, sin comer, las negociaciones se habían estancado, Cero que iba y venía, que lanzaba improperios a diestra y siniestra, la radio de los guerrilleros encendida en todo momento, la transmisión de los últimos comunicados del Gobierno, los embajadores reunidos en sesión permanente, y, así, por primera vez dándonos cuenta que la noche del asalto habían matado al guardespalda del Ministro Ramírez y al chofer de Antonio Vallarino, los habían sepultado esa mañana después de realizarles la autopsia, impactos de bala en la ingle, en el estómago, ojos abiertos para siempre, un entierro concurrendísimo a pesar del calor, la presencia del Coronel en el Cementerio Amador, los vítores, el Coronel había saludado personalmente a los deudos, miro el reloj, las cinco y cincuenta , la vieja iglesia de la Merced, los balcones franceses, la histórica Plaza de Catedral, un cuadrilátero que encierra iglesia, correo y hotel como huella arquitectónica del imperio español y francés, la Universidad Santa María en lo que antiguamente era la sede del Arzobispado, un edificio nuevo capaz de espantar a cualquiera, las cinco y cincuenta y tres, las papeletas otra vez frente a mí, más allá, DEFENSA CONJUNTA = REPRESION CONJUNTA, la voz monótona del Coronel anunciando que el Gobierno llegaría pronto a un arreglo con los guerrilleros del Frente, Antonio Vallarino con la cabeza echada sobre la mesa, se escucharon de pronto gemidos y

aquellos punzando el ambiente y yo sintiendo, Mariana, un dolor difuso, unas ganas inmensas de vomitar, incapaz ya de contenerme, un sabor a bilis en la boca, dime ¿por qué fue así? , dime, ¿por qué? , y luego la noticia, un flash de última hora, ¿lo soñé? , ¿lo imaginé? , no sé, decían tu nombre, me incorporé y pude ver a cuatro hombres que entraban por la puerta principal con una camilla, pasaron de largo, se perdieron en los dormitorios, Monseñor y el Nuncio caminaban rápidamente detrás de los camilleros, el flash, la noticia, otra vez, salían de la casa llevando el cuerpo cubierto con una sábana, ¿o era una colcha? , lo vi pasar a mi lado, las sotanas de Monseñor y del Nuncio y aquel color negro cegándome, ¿cómo fue? , Joaquín agarraba por el brazo a la guerrillera, la interrogaba, anoche, cuando nos sitiaron, al cholo se le escapó un tiro cuando ella salía del baño, fue un accidente, una garnatada seguida de un alarido, irabiblanco de mierda! , y el dolor venciéndome, doblándome, el dolor prolongándose, corriéndome desde los labios hasta las piernas, lo decía, decían tu nombre, lo repetían en la radio, en boca de rehenes y guerrilleros a un tiempo, tu nombre, ¿qué derecho tenían de pronunciarlo, Mariana? Un aire cargante se filtraba por las ventanas y se hizo un largo silencio, Mariana, ¿tú? ¿tú, extendida sobre esa dura camilla? ¿tu cuerpo liso? ¿tus muslos largos y tibios? Cierro los ojos.

—Señor, hemos llegado a la Presidencia —  
Un viento gris sopla por la bahía.

*12 de febrero de 1976.*

**Este libro se terminó de imprimir  
en los Talleres Gráficos de  
TREJOS HNOS. SUCS., S. A.,  
San José, Costa Rica  
en el mes de febrero de 1977,  
habiéndose hecho un tiraje de 5.000 ejemplares.**

COLECCION SEPTIMO DIA



PREMIO  
CENTRO  
AMERICANO  
DE  
NOVELA 1976

**EIE** Editorial  
Universitaria  
Centroamericana

Gloria Guardia rescata para la ficción —en esta novela— la realidad intrigante de un asalto guerrillero del Comando 'Urraca' sobre la residencia de un alto funcionario panameño negociador en los tratados del Canal. Toda la obra revela las maquinaciones interiores del asalto, las contradicciones de la sociedad panameña, y por consecuencia de Centroamérica, y el profundo dilema anímico del personaje principal, Roberto Garrido, envuelto en la vorágine de obsesivos pensamientos amorosos y de estrategias políticas que se le convierten en trampa mortal.

EL ÚLTIMO JUEGO fue seleccionada entre 32 manuscritos presentados. El Jurado compuesto por Angel Rama, José Emilio Pacheco y Lizandro Chávez Alfaro, destacó su "dominio de la sintaxis narrativa moderna" y la "eficacia narrativa con que funde los materiales históricos y ficticios para presentar una visión de un tema crucial de la realidad latinoamericana, así como por el destello poético que confiere a los elementos temáticos en su obra."